

Carlos Bosch García

*Documentos de la relación
de México con los Estados Unidos
(noviembre de 1824-diciembre de 1829)
Volumen I. El mester político de Poinsett*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

1983

476 p.

(Serie Documental, 13)

ISBN 968-58-0552-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 15 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/docsmexeu/01mester/politico.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

LA VERSIÓN DE POINSETT

La rivalidad nacional entre los Estados Unidos e Inglaterra condicionó en gran parte las relaciones de los primeros con México, si se considera que las preocupaciones primordiales del ministro norteamericano Joel R. Poinsett, a su llegada a la misión, se fueron matizando por la postura de los enviados ingleses. Desde un principio se aprecia la estricta vigilancia mutua de sus actos, lo que pone en evidencia ese conflicto. De mayor importancia resulta que se considere la política de esas naciones en relación con México como la expresión de una lucha por la hegemonía en la política nacional. El análisis político de Poinsett definió posturas adoptadas por los mexicanos como consecuencia de las posibles presiones que sobre ellos ejercían cada una de esas naciones. A ello favoreció la existencia de los dos partidos políticos mexicanos, el liberal y el conservador, que tomaron su lugar por razones lógicas.

La política interna mexicana y sus hombres fueron una atracción especial de los ministros que convirtió el interés político de los diplomáticos en el foco principal de sus actividades. Ciertamente que en un principio se actuó de manera velada bajo la protección de las logias masónicas; pero en momentos de importancia mayor se nota, sobre todo en el representante norteamericano, una actividad abierta en favor de sus propósitos y llega a participar en el quehacer político para condicionar, en lo posible, las direcciones políticas que el país pudiera tomar.

Así resulta la difícil postura de los políticos mexicanos que, careciendo de experiencia internacional, tuvieron que acudir a una posición, con frecuencia inexplicable y sor-

8

UNAM IHH

pendente, para los diplomáticos, sobre todo para los estadounidenses. Los políticos mexicanos sólo pudieron levantar muros en derredor de su nación al asumir actitudes defensivas, con pocos elementos dirigidos a condicionar, en lo posible, los tratados que eran motivo de presiones. Éstos fueron el principio del apoyo legal y la justificación para la política externa que venía en busca de coyunturas internas favorables. Así se caracterizó la diplomacia activa de los Estados Unidos; pero también la mexicana, inactiva, defensiva y expectante.

La misión del primer ministro de los Estados Unidos es ilustrativa de esos fenómenos y resulta de mayor importancia puesto que definiría la forma de la relación que debería continuarse por mucho tiempo. Aunque él no llegara a participar en la crisis de los problemas que planteó, el derrotero que éstos tomaron se orientó casi predestinadamente a consecuencia de las bases que él mismo formuló y asentó. De ellas no hubo forma de salir. Al correr del tiempo se agravaron los problemas y acentuaron su importancia de manera tan vital para la nación mexicana que, podemos afirmar, caracterizaron el recorrido histórico de todo el siglo. La naturaleza misional, puritana, característica del primer ministro de los Estados Unidos en México, tampoco decayó en sus sucesores, quienes, con mayor o menor inteligencia y tino, de acuerdo con sus características personales, tendieron a continuarla y desarrollarla como uno de los factores importantes del papel que tenían que cumplir.

A los cuatro meses de haber presentado sus credenciales en Washington el primer ministro de México (con poderes firmados por John Quincy Adams, el 14 de marzo de 1825, e instrucciones del 25 del mismo mes), se presentó el 10 de junio de 1825 el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, Joel R. Poinsett, ante el gobierno mexicano, presidido por el general Guadalupe Victoria. Después de un sinnúmero de alabanzas hacia el régimen y el gobierno nacional, hizo el análisis de lo que sería su misión, dirigida, a conseguir la firma de dos tratados: el de comercio y el de límites.

La primera crítica nacida en los labios del ministro inglés en México mostró la rivalidad que entre ellos dos se mani-

UNAM - IIH

festaría desde un principio, al considerar que la descripción de su misión resultó desagradable, según mostró la cara de los espectadores mexicanos, conscientes de los problemas que pudieran presentarse relativos a la posible discusión de fronteras. (Informe de Ward a su gobierno del 1º de julio de 1825. Doc. 4.)

El enfrentamiento sería directo, España no tenía posibilidades en el continente americano y los Estados Unidos, al año de haberse declarado la independencia mexicana, aprobaron en su congreso el reconocimiento que de la misma debía hacerse. A ello obedeció la presencia de Poinsett en México, que declaraba el interés que pondría su país en que ninguna nación europea la destruyera. La política latinoamericana de los Estados Unidos y el interés que en ella tenían no significaba favores ni privilegios para sus ciudadanos. Por el contrario, iba en busca de un simple deseo de relación amistosa en bien de ambas naciones. Por ello estaba dispuesto a concluir tratados de comercio y límites. (Discurso de Poinsett al tomar posesión de la misión en México. 1º de junio de 1825. Doc. 3.)

Pero, sabía que los ingleses habían aprovechado oportunidades y puntualizaba cómo el presidente y los secretarios de Estado, Tesoro y Asuntos Eclesiásticos estaban inclinados hacia los intereses. A tan temprana fecha confiaba en disponer de un partido respetable en ambas cámaras que, junto con la mayoría del pueblo, estuviera en favor de la unión más estrecha con los Estados Unidos. (Poinsett a su gobierno, 4 de junio de 1825. Doc. 5.)

Muy pronto comenzó a correr la información adquirida de "buenas fuentes" relativa a las discusiones que hubo dentro del senado mexicano sobre el artículo del tratado de comercio que presentaba a Inglaterra como nación más favorecida y que, a la larga, plantearía graves problemas de principios al discutirse el tratado similar de los Estados Unidos. Pero lo grave fue que la discusión del artículo inglés diera lugar a comentarios por los servicios reclamados por los Estados Unidos a través del diplomático. Ellos levantaron expresiones inmediatas de temor de los mexicanos y los consideraron enemigos peligrosos apoyados en la existencia del

tratado de 1819 firmado por Adams y Onís, que demostraba los deseos de intromisión en el territorio nacional. Tema que, según Poinsett, de continuar abierto alimentaría los temores existentes porque el gabinete mexicano era adverso a los intereses norteamericanos y trataría de detener la influencia del diplomático sobre la población nacional, a pesar de que el partido de la oposición era fuerte y de que considerara imposible que el partido gubernamental pudiera defenderse. (Poinsett a Clay, 1º de agosto de 1825. Doc. 14).

El análisis teórico planteado se formalizó el 5 de agosto de 1825, cuando Poinsett comentó la sesión extraordinaria del congreso que había comenzado el día 4 con las discusiones sobre el protocolo que debería mantenerse en dichas sesiones. La situación económica mexicana era deficitaria porque las entradas nacionales no podían cubrir en forma alguna los pagos necesarios. Sin embargo, se esperaba que el crecimiento del comercio en general, sobre todo exterior, fuera de tal suerte que en un año cabría la posibilidad de alcanzar un equilibrio. Ello, a pesar del enorme desperdicio y de la sin par extravagancia con que el gobierno manejaba los haberes de la Tesorería. Esa situación justificaba la inclinación deshonorosa de México hacia los ingleses, porque éstos les concedían los préstamos. Naturalmente esto significaba que se mirara hacia los Estados Unidos con indiferencia y que se menospreciaran todos los favores recibidos de sus manos. Había confianza en que Inglaterra sería guardiana de América y no permitiría intervenir a España, a sus aliados o a las potencias europeas. De esa manera se hacían de lado el contenido y las declaraciones, que en ese sentido hizo el gobierno norteamericano, y también la *Doctrina Monroe*.

Poinsett abrigó serio dolor por la alabanza diaria que se hacía de Inglaterra y por el olvido en que se tenían los Estados Unidos. El presidente mexicano no cuidó de poner en la minuta el tratado de comercio estadounidense, hasta que el consejo lo exigió y sólo aludió al tratado en términos generales y menguando su importancia, mientras que anunciaba el deseo de la Gran Bretaña en el sentido de que se abrieran relaciones, y lo hizo como si la existencia misma de México dependiera de ellas.

Con el fin de justificar sus sentimientos, Poinsett hubo de caracterizar las personalidades con quienes se enfrentaba. Comenzó con el presidente a quien presentó como un hombre débil y manejado por sus ministros de Estado y también por el Tesoro. Al ministro de Estado le hizo concesiones al decir que era talentoso y especialmente educado para lo que se tropezara en México. Pero aunque conociera la economía política, sus conceptos sobre los intereses políticos nacionales eran desacertados, pues actuaba de acuerdo con los principios; y los conceptos sobre los intereses políticos resultaban falsos por estar anglicanizado y ser director de una compañía minera, con salario considerable en libras esterlinas.

El secretario del Tesoro tenía habilidades naturales, tolerables; pero era mal educado y también estaba comprometido con los ingleses que le ayudaban a salir de los problemas con nuevos préstamos. El Congreso Nacional llegó a acusarlo de exigir dinero en formas no admitidas por la ley y, a pesar de ello, le perdonaron y pudo seguir adelante.

Poinsett no desconoció la gravedad del cuadro que construía de la política mexicana y así lo confesó. Pero su presidente debía saber y tener conciencia de la inclinación que existía en México hacia Inglaterra, que llegaba hasta el punto de no poderse destruir con facilidad. Por otra parte, los estados mexicanos se mostraron democráticos en sus constituciones y también católicos, sin tolerancia de cultos, a pesar de que los clérigos no participaron en los congresos y de que al formarse el Distrito Federal la población se mostraba indignada y reclamara representación en las cámaras. (Poinsett a Clay, 5 de agosto de 1925. Doc. 157.)

No puede dejar de llamar la atención el hecho de que recibiera Poinsett con entusiasmo el rumor de que don Lucas Alamán sería destituido del gabinete, en el que entraría Sebastián Camacho, al que no se conocía por proceder de Jalapa, a pesar de que calificara el cambio como intrascendente en la política nacional. A los ocho días, 28 de septiembre de 1825, confirmó el rumor y pudo anunciar abiertamente a su gobierno la renuncia de Lucas Alamán y tam-

bién el nombramiento de Camacho. (Poinsett a Clay, 20 y 28 de septiembre de 1825. Docs. 21 y 25.)

Entretanto hubo que desempeñar los quehaceres naturales de la misión y hacer frente a la discusión del tratado de comercio entre las dos naciones. Se plantearon principios importantes, como el de que las naciones americanas recibieran idéntico trato, pues todas las del continente pertenecían a la misma familia. Ahí también hizo él sentir la sombra de la Gran Bretaña, que suponía interesada en dividir esa familia, para que no pudiera oponerse con un frente unido a los intentos europeos en contra de las instituciones republicanas. Resultaba natural que, al pensar en semejante frente, la unión sólo se lograría mediante la igualdad y la reciprocidad absoluta y perfecta a través de la totalidad de los tratados que se firmaran. No fue ese punto de vista el mexicano, que insistió en la unidad de las naciones surgidas de las colonias españolas que participaron en la alianza ofensiva y defensiva, que daba a Latinoamérica una postura diferente a la mantenida por los Estados Unidos, quienes ante los latinos justificaban un trato igual a cualquiera de ellos por su conducta, aun en casos de guerra entre americanos.

El esfuerzo de identificación continental, desarrollado por Poinsett, parecía una contestación a los anteriores intentados, con fracaso, por Simón Bolívar. De nada sirvió que Ramos Arizpe tratara de suavizar la molestia norteamericana al externar que México sólo firmaría ese compromiso con países latinoamericanos que ofrecieron un trato de reciprocidad. Cualquier distinción que se hiciera en el continente redundaría, según los Estados Unidos, en la destrucción de los mejores intereses continentales, en vista de que México no había aceptado los principios de libertad generalizada recíproca y común a todas las naciones, después del Congreso de Panamá, debido a su unión con un país extraño como era Inglaterra.

Peor resultó cuando después de la visita de Ramos Arizpe se reunieron los comisionados mexicanos con el norteamericano, para proponer que cualquier decisión relativa a tra-

tados con países latinoamericanos dependiera de lo que se resolviera en el tratado de México con Inglaterra. Situación que venía agravada por haberse rechazado el tratado de comercio propuesto. La susceptibilidad y la molestia del norteamericano fue en consecuencia peor.

La postura inglesa fue a la inversa que la norteamericana en el tema del trato de excepción de las naciones latinoamericanas, pues comprendía que, de alguna manera, había que determinar los intereses específicos americanos. Los ingleses no estuvieron dispuestos, como europeos, a sacrificar sus intereses comerciales. (Poinsett a Clay, 28 de septiembre de 1825. Doc. 25.)

Puede comentarse, de paso, que en nada preocupaba a los ingleses el problema de la seguridad continental.

Para el gobierno mexicano la postura resultaba racional al defender que el favor comercial del trato hacia los latinoamericanos se debía a la necesidad de unirse con naciones que consideraban del mismo nivel y no a naciones que contaban con experiencia mayor, como era el caso de los Estados Unidos. Ellos tenían una política delineada a seguir con las naciones europeas, como era el caso en el trato con España, mientras que los latinoamericanos no podían participar en esa relación, y ello definía la diferencia en las relaciones entre ellos. De nada sirvió insistir en que no se necesitara ayuda en contra de España por parte de Latinoamérica y que los Estados Unidos estuvieran dispuestos a impedir intromisiones en el continente americano, mostrándose incluso dispuesto a participar con eficacia y actividad si se intentara alguna intromisión. Esto era determinante para que no se les relegara a una situación minimizada frente a las demás naciones del continente. Si no habían llegado a más, ello se debía a que no podían adoptar posturas agresivas que provocarían la unión de España con otros europeos para ir en contra de las libertades americanas. Por si ello sucediera, habría que formar un frente común y unido en contra de enemigos comunes.

La indignación y la rigidez de Poinsett en esos principios fue absoluta y llegó a considerar que sus intereses estarían mejor protegidos prescindiendo del tratado con México que

suscribiendo los principios pretendidos por los mexicanos. Pero el callejón sin salida y la importancia del mismo era tal que solicitó instrucciones de su presidente para poder continuar las negociaciones. (*Ibidem.*)

El ministro norteamericano se preocupaba por los escasos resultados que obtenía del gobierno mexicano y lo atribuía a que los ingleses dominaban el campo desde hacía mucho tiempo. Habían logrado su influencia en el gabinete porque Victoria estuvo en contacto con el agente oficioso Patrick Mackey desde la caída de Iturbide. Mackey pidió privilegios comerciales para la Gran Bretaña a cambio del reconocimiento de la independencia mexicana. Por ello fue un emisario mexicano a Inglaterra para formalizar el trato. En consecuencia, cuando llegaron los primeros comisionados oficiales ingleses a México, Victoria consideró la relación establecida, y más todavía cuando Ward regresó de informar a su gobierno siendo portador de una carta del ministro George Canning. El lazo de Victoria con los intereses ingleses resultaba así incondicional. (Poinsett a Clay, 12 de octubre de 1825. Doc. 26.)

Por su parte los diplomáticos ingleses supieron acercarse a los miembros del gabinete y a las personas de influencia. Poinsett comentaba cómo rindieron pleitesía muy especial a J. M. Tornel, secretario del presidente, "hombre vano y banal que ejercía influencia grande sobre su jefe". Pero, aparte de que Alamán fuera hombre de talento y sospechoso por su inclinación hacia los europeos, llegó también a rendirse ante ellos. Esteve, el secretario del Tesoro, se relacionaba con Eldeman y no estaba satisfecho con la influencia que con descaro ostentaban los ingleses. Se reunió con Santa María para ver la manera de desplazar a Pablo de la Llave, a la sazón ministro de Justicia y Asuntos Eclesiásticos, con objeto de sustituirlo por el obispo de Puebla, con la ayuda de la condesa de Regla, "una criolla bonita que ejercía con habilidad su poder sobre Guadalupe Victoria".

Ese obispo era un europeo insidioso y peligroso por ser enemigo de los Estados Unidos, y que además había contribuido a elevar a Iturbide al trono. De la Llave se retiró a España en espera de que actuara otro cura, Ramos Arizpe, su amigo, activo e intrigante que era diputado en España.

Desde allí trabajó para que no nombrasen al obispo poblano y le dieran ese cargo a él. En vista de que no lo consiguió amenazó con una declaración apelando al público y exponiendo las intrigas que se habían llevado a cabo, consiguiendo en esa forma que se imposibilitara el nombramiento del obispo. De la Llave era esperado en México cuando Esteva fue a Puebla y, a consecuencia de sus conversaciones con el obispo, se dijo que había rehusado el nombramiento.

Mientras tanto el partido que se había formado en el Senado en contra de Alamán se hizo fuerte y por ello tuvo que retirarse ese ministro; pero su desplazamiento fue también apresurado por haberse enfrentado a Ward, en el plano personal, de manera que éste interpuso su influencia ante el presidente para quitarle el poder. Pero Alamán se enteró con antelación y presentó la renuncia.

Como Esteva consideró inevitable la caída de su asociado, Alamán se apresuró a volverle la espalda. Ramos Arizpe hizo cuanto pudo por que se nombrase a Michelena, entonces ministro en Londres, en el cargo abandonado por Alamán en México; pero no se logró porque el presidente temía a Michelena y su persona le disgustaba.

El resultado de todas esas intrigas y presiones fue el nombramiento de Sebastián Camacho, un desconocido de Jalapa y, también, que Michelena y Arizpe fueran enviados por el presidente como representantes de México al Congreso de Panamá, a pesar de que el último asegurara que no llegaría a dicha reunión porque sería nombrado ministro de Gracia y Justicia en substitución de De la Llave que renunciaba.

Para Poinsett, Ramos Arizpe resultaba un hombre talentoso, atrevido, intrigante y celoso de la causa americana que trataba de promover. Éste había sido útil en ocasiones a pesar de que el norteamericano no mostraba confianza en él ni en su profesión. (Poinsett a Clay, 12 de octubre de 1825. Doc. 26.) El hecho fue que la caída de don Lucas Alamán significó un golpe para el partido europeo, que se aterrorizó ante la situación que tendría que enfrentar en el futuro.

Esteva corrió hacia Poinsett y expuso su anhelo de ver los países de América unidos para formar un sistema americano, acorde con los principios que sabía que le complacían

y, además, el propio presidente indicó sus deseos de sostener una entrevista con el enviado norteamericano en persona. A pesar de que Poinsett preguntara la hora en que debía presentarse en palacio, el presidente insistió en verlo en la legación. La conversación fue amistosa mostrándose inclinado el presidente a respetar a los Estados Unidos y sus "sentimientos". Se mostró además "sentido" por el lenguaje usado por Poinsett en relación con Cuba. Poinsett tuvo que aclarar sus "sentimientos" al presidente, de manera que quedó satisfecho y se esperó que, en adelante, los mexicanos tratarían ese tema con mayor discreción.

La impresión general del ministro norteamericano sobre su conversación con el presidente Victoria fue la de enfrentarse con un hombre bueno, banal, sin malas disposiciones, pero mal aconsejado y mal rodeado. Era aconsejado por Tornel, hombre —repite— de tan mala condición que no podía redimirse, pues sospechaba que recibía sueldo de los ingleses. Esteva, su otro consejero, era talentoso y activo, pero converso en el partido americano por no haberse podido mantener independiente. A pesar de su conversión a la causa norteamericana, no dudó en llevar a Ward las peores falsedades sobre Poinsett en el mismo día de la conversación provocando diferencias entre los dos ministros extranjeros.

Poinsett no tuvo un alto concepto de la sociedad mexicana en la que debía moverse, porque consideraba imposible la deshonestidad reinante en todas partes. Llegó a confesar no haber conocido en México durante su estancia quién fuera capaz de rechazar dádivas sin el menor escrúpulo, a cambio de abogar por una causa particular. Aunque hubiera deseado mantenerse alejado de ese tipo de gente, ello le resultó imposible porque lo buscaron y vio la necesidad de sujetar a esos hombres en un partido con el fin de no dejar el campo libre a la actuación inglesa. En consecuencia la alarma de los ingleses cundió hasta el punto de que Ward llegó a escribir a Canning comentando la enorme influencia (y exagerándola) que Poinsett adquiriría, expresando a la vez su temor de que la falta de tacto fuera el motivo de ese poder.

Por otra parte, el tratado entre México y la Gran Bretaña

no fue aprobado en Londres y Morier volvería a México para renovar las negociaciones pertinentes.

El país estaba en general tranquilo y no había que temer convulsiones de momento, excepto que siempre existía el peligro de que por tratarse de una república con un ejército, supuestamente conservador, se produjeran levantamientos. Había insistido en que evitaran concentrar esa fuerza en un mismo lugar pues podría suceder que, al regresar un proyectado ejército conquistador de Cuba (ya fuera derrotado o victorioso), el gobierno se exponería a grandes peligros adicionales, porque, si triunfaba, se sentiría unido a su jefe; mientras que si venía derrotado, se culparía al gobierno y se dispondría a derrocarlo. Por otra parte, la constitución prohibía la reelección y ello suponía un nuevo peligro. Victoria y sus amigos abandonarían el poder de mala gana porque veían con disgusto el final de su reino. Poinsett trató de hacerle comprender que su fama futura dependería de su fe en la libertad, que debía mantener, y por ello trataba de darle apoyo en lo posible. En cambio, la suspicacia de Ramos Arizpe, que siempre asomaba por detrás de la verdad, hablaba de que la inclinación de Victoria hacia los europeos se debía a que los miembros del gabinete consideraban la posibilidad de establecer una monarquía en América con su propia familia. Los ingleses, por su parte, al tratar de evitar la llegada de un gobernante europeo, preferían apoyar a un mexicano para el trono, y se decía que ése era también el pensar del presidente. El ministro norteamericano no podía confirmar a su gobierno el buen éxito de ese plan, pues debía contarse con el crecimiento del partido republicano federal, que se opondría seriamente a ello. Por estas razones Victoria nunca podría ser amigo de los Estados Unidos. Aunque intentara reconciliarse con Poinsett, era evidente que no le tenía afecto y que le disgustaba profundamente. Victoria había pensado, primero, en formar una confederación hispanoamericana encabezada por México y en ello coincidía con Santa María, que era mexicano. Se había pensado, como ya se dijo, en conquistar a Cuba y en anexarla a México y también en inducir a Guatemala a unirse de nuevo a los mexicanos. A Poinsett le fueron atribuidos

esos planes y también su fracaso. (Poinsett a Clay, 12 de octubre de 1825. Doc. 26.)

A principios de 1826 parecían precisarse las posturas políticas y Poinsett analizaba la nueva situación en la que encontraba al ejecutivo nacional unido con el partido político más fuerte. Una medida de política obvia era ésta, pues casi todos los centralistas eran personas de importancia. Así lo fueron Victoria y Bravo y, al elegirse, resultó el gabinete centralista que contó con la personalidad de Alamán como magnate en el gobierno.

Los federalistas, por su parte, constituían las mayorías en la nación y se preocupaban por las ideas que regían al gobierno. Sospechaban de los puntos de vista del ejecutivo, que sólo contaba con el apoyo de partidarios personales. Ésa fue la situación cuando Poinsett llegó al país en 1825 y también después. La única forma en que el presidente podía cambiar el estado de cosas era deshaciéndose de Alamán para unirse luego a los federalistas. De esa manera Ramos Arizpe entró al gabinete, y Camacho se pasó al grupo federal considerando ser esa forma política una realidad mexicana.

La colaboración de Poinsett para que se lograran estos cambios provocó el antagonismo de los centralistas, quienes lo acusaron de imponer sus deseos sobre los límites entre México y los Estados Unidos a través del partido federal. Sin embargo, lamentaba la falta de lazos políticos entre el ministro Obregón, representante de México en Washington, con el gobierno actual, porque siendo un buen funcionario podía ser retirado de su puesto, que obtuvo por Lucas Alamán. Temía que Tornel fuera destinado a los Estados Unidos porque había refiado con el ministro inglés Ward. Por esa razón trató de influir lo más posible para que se conservara en el puesto a Obregón; pero todos sus amigos eran centralistas y cada día crecía la figura de Tornel cuyo único opositor era un De la Torre, joven de buenos talentos, que estaba empleado en la Secretaría de Relaciones. (Poinsett a Clay, 4 de enero de 1826. Doc. 32.)

Pero las críticas no sólo quedaron del lado del norteamericano: Eduardo Camacho también puntualizó sobre ciertos párrafos que le llegaron, poco favorables hacia la indepen-

UNAM - IHH

dencia y la soberanía de México, expresados por el ministro norteamericano Everett ante el gobierno español. Por ello reclamaba muy en serio y pedía explicaciones. La mala impresión había cundido al considerar que sus palabras ponían en duda el reconocimiento de su propio gobierno hacia México. Poinsett se sorprendió de la actitud de Camacho que mantuvo silencio cuando lo visitó para presionarlo sobre la posible construcción del camino de Santa Fe, que volvía a discutirse. (Camacho a Poinsett, 13 de enero de 1826. Doc. 33 y Poinsett a Clay, 14 de enero de 1826. Doc. 34.)

Sin embargo, para Poinsett los incidentes propios de su "mester" tenían importancia relativa y prefería mostrarse satisfecho con los efectos que en México producía el sistema federal, pues la capital continuaba siendo lo mismo que en el pasado: la fortaleza del fanatismo. Confiaba en que se impondría la "luz de la verdad" al proyectarse ésta desde los estados más remotos de la República donde el trabajo se había iniciado con éxito. En esa forma Jalisco y Veracruz se distinguían por sus doctrinas liberales y Jalisco había quitado a los miembros de la Iglesia y del ejército el derecho de participar en su legislatura. Se había formado la universidad al expulsar de ella a los clérigos ignorantes y viejos para adaptarla a estudios que honraban al gobierno del Estado. El curso juicioso de reforma emprendido en los estados no podría fallar y produciría los efectos más importantes y beneficiosos.

Hasta el senado, que podía verse afectado por problemas "espirituales" de gran importancia, había logrado nombrar un comité encargado de preparar, con discreción, las instrucciones del delegado que pensaba enviar a Roma. En ellas se aseguraba la independencia de la iglesia mexicana y se esperaba que el Vaticano aceptaría las proposiciones que se le hicieran. Se pretendía un ejercicio juicioso del Patronato que reconciliaría la Iglesia con la independencia. Pero existía un partido senatorial favorable al viejo sistema, sobre todo en lo referente a la Iglesia, que esperaba el momento favorable para presentar su propio informe. Mientras tanto el delegado mexicano carecía de las directrices necesarias para discutir en el Vaticano. (Poinsett a Clay, 18 de febrero de 1826. Doc. 37.)

En el aspecto político, abril y mayo fueron meses de relativa tranquilidad para Poinsett porque la situación transcurría con cierta quietud. Por parte de la Secretaría de Relaciones hubo un par de exabruptos provocados, según Poinsett, por la extrema susceptibilidad del secretario, hombre carente de educación e ignorante de los usos existentes en el mundo, además de desconocer la cortesía que debía practicarse entre gobiernos. Todo ello resultaba de una nota de protesta por la conducta de funcionarios mexicanos ante la nave norteamericana *Eagle*. El problema se complicó por la polémica abierta sobre que los Estados Unidos se opondrían a injerencias en el continente salvo cuando el infractor fuera España; ello significaba que se apoyaba la *Doctrina Monroe*, como un mensaje de defensa de las naciones americanas sólo hasta donde le fuera posible a los Estados Unidos cuando hubiera ataques de naciones europeas y no de España. Pero Poinsett explicó el mensaje con amplitud y dijo que sólo describía el curso político que el poder ejecutivo de los Estados Unidos tomaría y que no podía comprometerse a la nación si el congreso no aceptaba su postura, pero ello no se entendió. (Poinsett a Clay, 30 de abril de 1826. Docs. 44, 6 de mayo de 1826. Doc. 45.)

Por debajo continuó el quehacer político de Poinsett. Alborozábase por el florecimiento de la masonería en México pues a ella se habían afiliado, aparte del presidente, todos los miembros del gabinete y también los hombres importantes del país, incluyéndose entre ellos algunos de los altos funcionarios de la Iglesia. El entusiasmo llegó al punto de que considerara extender la institución. Escribió al cónsul norteamericano en Pasco, Perú, y habló de la necesidad de mandar gente a propósito y para ese fin a aquel país. También creía necesario trabajar en el área de Guatemala. (Poinsett a Clay, 7 de junio de 1826. Doc. 55.)

Las fuerzas políticas mexicanas se debatían en el mes de agosto de 1826 debido a síntomas captados por el ministro norteamericano, pues hubo lugar a escándalo y enfrentamientos provocados por un napolitano, de nombre Santangelo, que publicó un libro crítico y libre sobre el comportamiento del gobierno nacional. El resultado fue que las

UNAM - IIH

autoridades de la nación expulsaron a su autor, irritadas por su vil y desagradecida publicación. Pero el partido liberal, sin haber podido intervenir, consideró la decisión gubernamental como una usurpación de poder. La prensa apoyó esa opinión, atacando también a la administración. La tensión que se produjo llegó hasta el punto de que el presidente se viera sin apoyo y sus propios amigos lo abandonaron pasándose a otras filas ideológicas. La salida de Santangelo devolvió la calma; pero la expulsión siguió siendo considerada ilegal y por ello se buscó discutirla en el congreso, donde el consejo también estuvo en contra de la medida presidencial.

Por otra parte, el voto de trescientos treinta y seis electores para que eligieran a su vez a los diputados representantes de la capital en el congreso llegó a su fin y se distinguieron diferentes partidos en la contienda, cosa que el norteamericano consideró ilustrativo en relación con el estudio de la opinión pública nacional. Al parecer sentía que el país se dividía en tres grupos principales: el federal, ligado con el gobierno liberal, que se llamaba yorkino y la oposición de centralistas, escoceses, que seguían en pie; pero entreveía un tercero distinguido por el signo de la cruz, que consideraba fanático y piadoso.

El resultado de la elección fue que ganaron los yorkinos, y esperaba que lo mismo sucediera en el resto del país, pues los piadosos casi no contaron, aun cuando los curas reclamaron con pasión en contra de los masones. Estos convirtieron sus sociedades en puntos de reunión política y en el caso de los escoceses en verdaderas máquinas políticas, contrarias a los Estados Unidos, que mantenían la postura adoptada antes de que se fundaran las logias yorkinas.

Los yorkinos lograron que el pueblo liberalizara sus sentimientos religiosos hasta el punto de que, con habilidad, podría lograrse una libertad religiosa al revisar la constitución en 1830. (Poinsett a Clay, 26 de agosto de 1826. Doc. 74.)

Las elecciones en los estados ocurrieron a los dos meses y Poinsett veía los posibles resultados electorales inclinados hacia los yorkinos. Pero surgieron las inconformidades cuando trataron de elegir a los miembros de las nuevas legislaturas estatales, excluyendo de ellas a los delegados que habían

formado parte de ese cuerpo. Por ello pusieron en entredicho la validez de la elección y los diputados se negaron a abandonar sus curules, lo que también pareció ilegal al partido en el poder. Así se provocaban luchas y peleas que eran de temerse entre partidos políticos del país. El norteamericano consideraba que el ejército era abundante y que sus oficiales viajaban de un lado a otro y que en ello radicaba gran parte del peligro. Pensaba que el presidente sometería el punto al congreso, por tratarse de un tema que amenazaba la tranquilidad nacional. (Poinsett a Clay, 21 de octubre de 1826. Doc. 78.)

Poinsett insistía, sin embargo, en la aparición del nuevo partido que escalaba las gradas del poder. A su cabeza reconocía a Ramos Arizpe y a Michelena y notaba cómo se unían al gabinete. En realidad lo hacían con Gómez Pedraza, secretario de la Guerra, y con Espinosa, secretario del Departamento de Gracia y Justicia, que desde su ~~postura~~ oficial tenía ascendencia en el clero. Por otra parte era decidido y hábil y conocía el carácter de sus compatriotas.

Michelena era el anterior enviado a Londres, intrigante y ambicioso, sin otro interés que el poder, sin importarle los medios que debiera utilizar en su favor. Gómez Pedraza, por su lado, era hombre de integridad; pero ignorante de los verdaderos intereses nacionales y, en consecuencia, capaz de prohibir todo intercambio con el exterior y de rodear a su país con una barrera infranqueable. La prosperidad y seguridad del Estado opinaba que podrían garantizarse con un ejército bueno y bien armado. Espinosa, que era buen abogado, era un mal político y se había convertido en el sirviente de Ramos Arizpe.

Por los miembros que pertenecían a ese partido lograba influencia en el gabinete y sobre el indeciso carácter del presidente para luchar en contra de Esteva, secretario del Tesoro, a quien pretendían hacer renunciar en cuanto se confirmara el rumor del serio déficit nacional que existía. Esteva afirmaba que podía satisfacer las demandas del gobierno, por ello parecía imposible que perdurara, de no lograrse un nuevo empréstito. Ya se hablaba de que Camacho había sido instruido al respecto. (Poinsett a Clay, 21 de octubre de 1826. Doc. 78.)

Pero la personalidad de Ramos Arizpe destacaba sobre todos ellos por tratarse de uno de los promotores de los yorkinos en el país a pesar de que los abandonó con posterioridad, por haberse enfrentado de manera personal con uno de sus miembros principales. En caso de que lograra sus propósitos, ese partido cambiaría de postura con relación a la administración y resultaría que el presidente se encontraría en situación parecida a la que tuvo, cuando Poinsett llegó a México, pues entonces se rodeaba de unos cuantos y se enfrentaba al partido más fuerte y con el congreso en su contra. Para Poinsett, la diferencia era que Ramos Arizpe y también su partido eran mejores que don Lucas Alamán y el suyo.

Pocos días antes, ofrecieron la misión mexicana en los Estados Unidos a Lorenzo de Zavala, quien declinó ese puesto. El diplomático se alegró de la renuncia por considerarlo uno de los líderes más eficientes del partido yorkino, que sería de más provecho situado en México. (*Ibidem.*)

En plena crisis, Poinsett seguía señalando que el general Guerrero era la cabeza ostensible del partido y su candidato a la presidencia. Se trataba del héroe independentista, que no tenía educación; pero que poseía un talento innato, combinado con gran decisión de carácter y valentía. Su carácter era de tal naturaleza que, cuando estaba violento, no podía ser controlado por otro que por Zavala, quien así pesaba sobre él. Por ello era conveniente que no hubiera aceptado el nombramiento de ministro en Washington. (*Ibidem.*)

Poinsett estaba a punto de ver cuajar sus planes y se jactó de ello al confesar que al llegar a México nunca hubiera creído que el país pudiera convertirse en un miembro de la "familia" americana. Se reservaba explicar la forma en que logró el cambio pues el partido americano, cuya formación le atribuían, obtuvo la victoria en las últimas elecciones para diputados y ninguno de sus oponentes fue reelecto. En su entusiasmo, no evitó el júbilo de confesar haber llevado a cabo una labor parecida a la desarrollada en los Estados Unidos a favor de los yorkinos. Ella no se debía a su talento superior, sino simplemente a que conocía la na-

ción y a que pocos hubieran gastado, como él, una fortuna y todos los instantes libres en favor del gran objetivo de levantar un partido americano. (Poinsett a su pariente Johnson, 10 de noviembre de 1826. Doc. 80.)

Por supuesto los problemas comenzaron al finalizar el mes de diciembre, cuando ambas cámaras mexicanas declararon ilegal que la legislatura del Estado de México anulara las elecciones efectuadas para nombrar a sus propios sucesores porque esa medida era anticonstitucional. Según Poinsett ello se debía a que las constituciones estatales de la República no operaban conforme a lo previsto por teorizantes, sino que se demostró cómo, con frecuencia, eran motivo de discordia. Las diferencias, sin embargo, no causaron problemas serios y la confederación siguió tranquila y próspera por el momento. (Poinsett a Clay, 29 de diciembre de 1826. Doc. 92.)

A pesar de todo, las negociaciones para los tratados seguían adelante y el presidente Guadalupe Victoria pudo informar, el 1º de enero de 1827, que nada había alterado las buenas relaciones con los Estados Unidos. Se habían concluido los tratados de amistad, comercio y navegación que pasaron a las cámaras. Expresaba también la esperanza de que el congreso prefiriera tratar del fortalecimiento de las relaciones con un país unido a México por las simpatías resultantes de la identidad en el sistema y en la forma de gobierno. Por otra parte, la comisión científica para el estudio de los límites estaba detenida por carecerse de la autorización para los gastos que necesitaban hacer. (Guadalupe Victoria al abrir el primer periodo de sesiones del Segundo Congreso Constitucional del 1º de enero de 1827. Doc. 93.)

Volviendo al tema político, Poinsett se debatía por la agitación que existía por la elección de los miembros de la legislatura del Estado de México. Ésta fue anulada por el congreso general que declaró anticonstitucional y nulo todo el proceso seguido. Ese tipo de medida sorprendería en los Estados Unidos; pero en México la constitución daba poder al gobierno general sobre los actos de las legislaturas estatales. (Poinsett a Clay, 20 de enero de 1827. Doc. 97.)

Y surgieron los cambios en el gobierno mexicano al renun-

UNAM - IIH

ciar Gómez Pedraza, ministro de la Guerra, y ser sustituido por el general Rincón. Vinieron después las renunciadas de Esteva al Departamento del Tesoro donde lo sustituyó Tomás Salgado, algo tímido y de buen talento, esperanzado en que podría reformar muchos de los abusos que afectaban el comercio exterior que había conocido bien cuando fue juez de hacienda.

Por otra parte, se habían levantado serias oposiciones en contra del ministro de Gracia y Justicia, hasta el punto de que si el presidente insistía en mantenerlo en su puesto había el temor de que el congreso lo destituyera junto con todo su departamento. Además, el congreso todavía se ocupó en secreto de la conspiración de frailes europeos españoles que pretendían "tirar" al gobierno. Poinsett consideraba que esa conspiración no hubiera afectado la seguridad ni la paz de la República y razonaba que los frailes no podían comprometerse a perder su influencia, que sabían estaba ligada a las instituciones libres. (Poinsett a Clay, 21 de febrero de 1827. Doc. 105.)

Curiosamente los análisis del norteamericano en cuanto a la situación de México, que el diplomático hacía movido por la euforia de ver llegar a sus amigos del partido yorkino al poder, se coloreaban de un cierto optimismo, irreal. Dados su carácter misional y su fe en las instituciones liberales veía culminar el trabajo de zapa que había desarrollado durante su estadía en México. Como vemos se trató de una verdadera urdimbre de intriga y de labor solapada sin sentir que, de pronto, estallaría una sucesión de levantamientos civiles y militares de protesta, difíciles de razonar para él.

En marzo de 1827 tuvo que informar de una insurrección en Durango, que causó sensación en todo el país. La legislatura del Estado debía haberse integrado e instalado en agosto anterior, pero se hizo ocho meses después y sus miembros pretendieron que su término, de dos años, debía empezar en la fecha en que tomaron posesión real de las curules. La oposición insistió en que se computara el tiempo desde agosto. Apelaron al derecho de insurrección contra las pretensiones de la legislatura y las tropas tomaron parte en el levantamiento arrestando al gobernador y a los demás miembros del gobierno local. Como era de esperarse, el

gobierno federal apoyó a las autoridades locales y el congreso general aprobó facilitar tres mil hombres al presidente para someter a los rebeldes y pacificar el Estado duranguense, declarando inexistentes los actos de todas las autoridades apresadas mientras no gozaran de libertad. Poinsett comentaba que el gobierno se veía así forzado a usar medios que no tenía.

Por otra parte, los planes del padre Arenas, que se había levantado en Puebla, resultaron de mayor importancia y gravedad de lo que pensó en su momento de entusiasmo. Se descubrió que dos oficiales europeos, Negrete y Echávarri, que estaban al servicio de México, participaban en el movimiento y fueron arrestados. Insistía en que el espíritu de la población mexicana imposibilitaba cualquier intento a favor de España y que abortarían los esfuerzos que, reconocía, llevaba a cabo el clero regular para lograr ese propósito. (Poinsett a Clay, 24 de marzo de 1827. Doc. 114.)

Las irregularidades habían empezado y tendrían consecuencias graves en el futuro nacional. De marzo en adelante las notas de Poinsett debían ocuparse de las nuevas situaciones que no coincidían con los presagios benévolos hechos con anterioridad.

Los problemas de Durango continuaron en el mes de abril y también la descubierta conspiración del padre Arenas, que tenía mayor gravedad de la supuesta a pesar de que todavía no se justificara la alarma. Pero resultaba evidente que el gobierno tenía que hacer frente a la situación financiera, que no alcanzaba el nivel deseado y, en vez de reducir los gastos se echaba mano a un adelanto del subsidio, que esperaba autorizara el congreso con el fin de dedicar los fondos a esos propósitos. Se necesitaba lograr el dinero para dos o tres años, en espera de que las minas dieran lo suficiente; Poinsett lo consideraba una vanidad que resultaría divertida de no ser porque resultaría perjudicial, si no se atendieran las necesidades. Y de acuerdo con la situación caótica de la economía nacional, Poinsett consideraba imposible presentar ninguna reclamación pues no podrían cubrirla por justa y pequeña que fuera. (Poinsett a Clay, 13 de abril de 1827. Doc. 120.)

En mayo comenzaron las reacciones del congreso al eli-

UNAM - IIH

minar de sus puestos a militares, civiles y eclesiásticos nacidos en España. Esa medida estaba directamente relacionada con el levantamiento del padre Arenas y podía provocar un gasto que el gobierno no podría cubrir en ese momento. (Poinsett a Clay, 12 de mayo de 1827. Doc. 123.)

Los asuntos eclesiásticos no pudieron arreglarse porque el enviado mexicano continuaba esperando instrucciones en Bruselas antes de salir para Roma y el congreso no las había dado. Sin embargo, al cerrar las sesiones ordinarias del congreso, el 21 de mayo de 1827, el presidente Victoria comentó que los negocios eclesiásticos no ofrecían dificultades que pudieran trastornar la paz del país. (Guadalupe Victoria al cerrar las sesiones ordinarias del congreso, 21 de mayo de 1827. Doc. 124.)

Pero al mes siguiente continuaba la agitación. Esta vez la víctima era Veracruz porque allí estaban concentradas las fuerzas militares destinadas a Texas. La seguridad que proporcionaba la presencia de esos militares decidió al congreso local a lanzar decretos anticonstitucionales. Ese paso significaba que el exministro del Tesoro, Esteva, no podía ocupar su cargo como comisario general de la aduana veracruzana para el que fue nombrado por el gobierno y que por naturaleza dependía de éste y directamente del ejecutivo federal, y además, los veracruzanos lo obligaron a abandonar el Estado para que no tomara posesión.

Poinsett informó que Esteva iba de vuelta a la capital. El gobierno ordenó que se retiraran las tropas situadas en Veracruz. Los expedicionarios destinados a Texas debían concentrarse en la capital por orden del gobierno federal, y esa medida era considerada como sabia por parte de Poinsett. Se esperaba que la paz reinante en el resto del país también sería restablecida en Veracruz aunque el gobierno se enfrentara a dificultades por el gasto excesivo de erario que erogarían con anticipación a los cobros. (Poinsett a Clay, 16 de junio de 1827. Doc. 125.)

El movimiento veracruzano fue, de hecho, un movimiento centralista contrario al gobierno federal del centro y cristalizó en ataques dirigidos el 4 de julio contra los Estados Unidos, contra su política y contra Poinsett, su representante en México. Los veracruzanos se expresaron en publicaciones

anónimas que le causaron gran desprecio. Pero la legislatura local hizo un llamamiento nacional, apoyado en esas publicaciones, externando que su comportamiento no sería correcto si no denunciaba la situación y continuaba progresando esa influencia de los Estados Unidos.

Expresaba, cómo Veracruz sospechaba de un ministro hipócrita y sagaz, celoso de la prosperidad del país que representaba en la misma magnitud en que era enemigo de la de México. Los veracruzanos decían esperar que la agricultura mexicana creciera de tal forma que anulara la del norte, si se permitía ir adelante con el nuevo orden de cosas. Poinsett, en cambio, había entendido que las relaciones de México con Gran Bretaña eran nefastas y por ello había prohijado el proyecto de una república "terrible" porque se apoyaba en los yorkinos que sería la solución para el presente y el futuro mexicanos. No comentaba Poinsett las presiones lanzadas contra los efectos malvados que había producido el yorkismo, ni tampoco que ese partido hubiera resultado más nefasto que el desembarco de veinte mil españoles, como decían los de Veracruz. Poinsett consideró apropiado contestar a los cargos que le hicieron con un largo recorrido histórico que establecía los hechos referentes a la conducta de los Estados Unidos hacia México, a partir del mes de agosto de 1818. (Poinsett a Clay. Exposición de la política de los Estados Unidos para con las naciones de América, 4 de julio de 1827. Doc. 126.)

Insistía el ministro norteamericano en que su afirmación era correcta al sostener que los escoceses reinaban sin oposición antes de su llegada a México y que los gobernantes de México no eran partidarios de la federación, sino que apoyaban al grupo del clero independentista, revuelto con aristócratas monárquicos, que consideraban absurda la existencia de una república, pues todos eran partidarios de imponer un Borbón en su nación. De acuerdo con ello se confeccionó el Plan de Iguala porque al mismo grupo se unieron los centralistas, que no pensaban que con tales planes irían a dar directamente a la dictadura.

Por otra parte, también los apoyaban los españoles europeos quienes conservaban sus prejuicios de clase privilegiada,

aunque la mayor parte de ellos, formada por los comerciantes ricos, no participaba en la política nacional y defendía ese partido por sus principios monárquicos. Todos se unían en la logia escocesa traída de España, donde aprendieron a pervertir la institución, concebida para ser humana, y convertirla en política.

La mayoría de la nación estaba en favor de la república federal, si bien era incapaz de organizarse como una oposición efectiva.

Los masones escoceses estaban en contra de los Estados Unidos y consideraban a esta nación su enemiga natural y razonaban en la misma forma absurda que los veracruzanos. De hecho encarnaban la envidia contra las instituciones norteamericanas, causantes de la felicidad en los Estados Unidos. Por ello los norteamericanos eran gente odiosa y así los presentaban ante el pueblo mexicano, y el representante de aquel gobierno se convertía, por fuerza, en el blanco de sus injurias. Por su *adicción* a las libertades, a la forma de gobierno y a la independencia de América, lo norteamericano resultaba revolucionario e insistían en que la Gran Bretaña presentaba el único modelo a seguir por su actitud sensata hacia América y su independencia.

El periódico *El Sol* acusó a Poinsett como resultado de las declaraciones del padre Arenas. Pero después de la ejecución, se presentó un oficial quien llevaba el recado del difunto ajusticiado, en el que éste advertía que si había mencionado al norteamericano lo hizo pensando que salvaría su vida, y pedía su perdón. Consideraba que semejante declaración había sido inducida con malicia y que le hicieron confesar cómo, para limitar la prosperidad mexicana, había urdido la conspiración que, de haber tenido éxito, hubiera puesto el país en manos de España.

Por ello Poinsett tuvo que hacerse de amigos entre los enemigos de los escoceses; en caso contrario hubiera tenido que abandonar sus obligaciones.

De todos los cargos lanzados contra él, consideraba que el peor era el presentarlo como fundador de la logia yorkina. (Poinsett a Clay, 8 de julio de 1827. Doc. 127.)

El manifiesto de Veracruz representaba un documento ostensiblemente reivindicador de ese Estado, tras haber par-

UNAM-IIH

ticipado éste contra el gobierno federal mediante la expulsión de su territorio de un funcionario gubernamental. Pero el verdadero motivo de la publicación consistía en acusar a la política de los Estados Unidos de sospechosa para con México, mostrando los esfuerzos de Poinsett para ponerla en acción.

El ministro se abstuvo de reclamar al gobierno por insulto no provocado, al considerar la situación que tenía el gobierno federal. Así restringió su defensa limitándose a subrayar la falsedad de cuanto se decía; en el caso contrario hubiera tenido que pedir sus pasaportes y abandonar el país dejando a los gobiernos enfrentados.

El gobierno nacional trató de enderezar la situación política sacando las tropas del Estado de Veracruz, en espera de que todo quedara en calma hasta la próxima reunión del congreso. (*Ibidem.*)

Poinsett reconocía, sin embargo, que la logia yorkina también se había convertido en un instrumento de intriga política; pero de ningún acto de esa logia se consideraba responsable, a pesar de ser acusado de fundarla. Sólo intervino para constituirla legalmente por el alto rango que tenía en la institución. No dudó en hacerlo porque era la forma de extender las instituciones liberales del país y quienes vinieron en su busca fueron los propios miembros del gobierno interesados en la paz. Entre ellos estaban Vicente Guerrero, José I. Esteva, Miguel Ramos Arizpe, Lorenzo de Zavala y José María Alpuche, todos animados, según Poinsett, por los motivos patrióticos más puros. Al ayudarlos Poinsett, los yorkinos mexicanos aprendieron con rapidez y promovieron los principios liberales aun cuando atribuían el éxito de los resultados (liberalismo y federalismo) a sus propias maquinaciones. Pero a pesar del levantamiento de Veracruz el gobierno federal era fuerte y contaba con el apoyo abierto de los otros dieciocho estados nacionales. (*Ibidem.*)

Los errores de los políticos mexicanos debían observarse con indulgencia por parte de los Estados Unidos, pues la ciencia del gobierno en México era completamente nueva y una de las mayores equivocaciones cometidas era haber convertido el congreso en juez de la constitucionalidad de

los estados. Durante el periodo de revolución los estados quedaron aislados y sus políticos no tuvieron conocimiento de lenguas extranjeras ni de libros adecuados. Tal fue el motivo de que, al pasar de la esclavitud al libre gobierno, no se lograra delimitar la función de las diversas ramas gubernamentales.

La subversión veracruzana llegó al absurdo porque el movimiento trató de desacreditar las instituciones republicanas federales. En cambio desconocía que habían desaparecido muchas barreras políticas anteriores y trataba de retroceder a la situación habida antes de la Independencia, cuando todos se odiaban.

Tal estado de cosas se caracterizaba, además, por el orgullo y el antagonismo radical en contra de los extranjeros y los vecinos; todos eran objeto de envidia y así aparecía con suma claridad en el texto del manifiesto de Veracruz.

La única forma en que Poinsett podía excusar cuanto le imputaban era mostrar cómo su ayuda, cuando fue posible, consistió sólo en mantener el *statu quo*. Pero los enemigos se lanzaron en su contra por considerar que trataba de apoyar un orden de mayor conveniencia a sus intereses, y el propio gobierno federal llegó a lamentar la situación y la conducta adoptada por los veracruzanos. Por ello protestó de manera que el presidente de los Estados Unidos pudiera decidir lo conveniente. (Poinsett a Clay, 8 de julio de 1827. Doc. 127.)

El gobierno mexicano mantuvo la serenidad y sostuvo las medidas precavidas tomadas en Veracruz. Las tropas fueron retiradas y los comandantes partidarios del levantamiento fueron sustituidos por oficiales fieles al gobierno federal central, mientras que la legislatura local, en adhesión al gobierno, pidió que se mandara al general Vicente Guerrero para hacerse cargo del Estado. Aunque el presidente se inclinó a pedirselo, Guerrero pretextó encontrarse enfermo. (Poinsett a Clay, 27 de julio de 1827. Doc. 130.)

La crisis llegó a un momento final al destruirse la imprenta del *Veracruzano libre*, por tratarse de un periódico auspiciado por la facción europea. Las sospechas recayeron en el comandante militar de la plaza y del castillo, coronel

■

Rincón, que el gobernador Barragán arrestó y sustituyó por Santa Anna.

A pesar de que el procedimiento era ilegal, porque el sustituto estaba fuera de servicio activo, el gobierno del centro refrendó la decisión del gobernador. Antes de conocerse ese apoyo del gobierno, Rincón fue liberado por un movimiento militar de su propio regimiento que alegaba contar con órdenes especiales del gobierno federal, ya que el gobernador y los suyos eran enemigos de las instituciones mexicanas.

Rincón se puso a las órdenes del gobernador siempre que todo continuara como estaba hasta saber de las medidas tomadas por el gobierno del centro. Pero pidió que se expulsara a los tres editores del periódico destruido. Con ese motivo fueron expulsados los coroneles Santa Anna, Landero y Vázquez y Portillo. El coronel Rincón, hasta donde se sabía, quedaba en libertad a la cabeza de su regimiento al mando de la ciudad y el castillo.

Conocidos estos acontecimientos de Veracruz, el gobierno envió a Guerrero que, a pesar de su salud, partió con dos regimientos y una pequeña columna de artillería, poniéndose en camino el 7 de agosto. Esperaban que todo terminaría sin sangre pues Guerrero iba dispuesto a utilizar los procedimientos más indicados para lograrlo. (Poinsett a Clay, 8 de agosto de 1827. Doc. 131.)

Las reacciones gubernamentales hacia los Estados Unidos fueron favorables durante la crisis. El presidente en persona expresó su pesar por lo acontecido y, de manera especial, por el manifiesto publicado en Veracruz, así como también por otras indicaciones de hostilidad hacia aquel país y la persona de Poinsett, posturas que decía no eran coincidentes con los sentimientos de la nación y del gobierno mexicano. También se mostraba convecido el presidente mexicano de que el partido monárquico tenía planes específicos, en tanto que el gobierno se disponía a promover el éxito de la República por los medios que estuvieran a su alcance. El incidente veracruzano y la actuación de los escoceses no dejaban lugar a duda de su intento de echar por tierra las instituciones. Por consiguiente resultaba im-

UNAM - IIH

posible tener fe en las expresiones de afinidad que mostraban con relación al gobierno federal.

El ministro norteamericano daba una mayor importancia a que el presidente abriera los ojos en relación a los planes y las intenciones de los enemigos de la libertad y, también, a que el secretario de Guerra hubiera abandonado el partido escocés para pasarse a los enemigos, al darse cuenta de la existencia del movimiento. (Poinsett a Clay, 10 de agosto de 1827. Doc. 133.)

Para septiembre la situación de Veracruz parecía remanerse y podía pensarse que Guerrero terminaría con el espíritu rebelde del Estado.

Por otra parte, las legislaturas de la mayoría de los Estados estaban en sesión permanente y se hablaba de que decidirían expulsar a los españoles europeos de sus territorios. Poinsett pensaba que si en ocasiones éstos habían actuado con imprudencia, no contaban con la fuerza necesaria para poder ser temibles. Debía pensarse que esos españoles eran los únicos grandes capitalistas y comerciantes del país y que, si lo abandonaban, provocarían una ruina comercial. No había llegado el momento de considerarlos como un elemento de peligro para la seguridad nacional y era preferible conservarlos dentro del territorio.

Pero las reacciones afloraban y en las cercanías de Acapulco hubo un levantamiento parcial de los criollos concebido para matar a los españoles europeos. Llegaron a sacrificar a unos cuantos porque la mayoría se refugió en el puerto. (Poinsett a Clay, 5 de septiembre de 1827. Doc. 134.)

Sin embargo, el movimiento acapulqueño fue el inicio de un problema mayor. Aunque Veracruz y Durango estuvieran ya tranquilos, se descubrieron nuevos brotes en México y Oaxaca atribuibles a los españoles europeos que usaban de su riqueza e influencia. Ello motivó la animadversión violenta de los criollos contra sus anteriores opresores. Los criollos también abogaron por la expulsión de los españoles en el Estado de Jalisco, donde se llegó a tomar la medida. El de México deliberaba sobre el mismo tema y se temía que otros estados seguirían el ejemplo. Por esa razón había

temor de enfrentamientos entre el gobierno federal y los estatales.

De hecho, por razones políticas, el gobierno federal se oponía a las medidas enérgicas en contra de los españoles, pues tenía conciencia de que ellas redundarían en el empobrecimiento del Estado, ya que la mayoría eran comerciantes europeos y la casi totalidad del capital comercial les pertenecía. Por otra parte se consideraba que, al abandonar los estados donde estaban radicados, se concentrarían en Veracruz y en Valladolid o en otros lugares donde los acogerían con gusto. Poinsett creía que el derecho de expulsar a una clase social entera del país debería ser atribución exclusiva del gobierno federal porque, de inmediato, todos los miembros de la clase afectada se convertirían en enemigos jurados de las libertades de la República.

El problema se complicaba por la distinción constitucional que hacía entre naturalización y ciudadanía, pues la primera era atribución del gobierno federal y la segunda de los estados. (Poinsett a Clay, 6 de octubre de 1827. Doc. 137.) Sin embargo, el gobierno federal conservaba el derecho de precisar si la actuación de los gobiernos estatales era constitucional y decidir sobre su validez. Ese derecho podía ser, discutido como con frecuencia lo había sido con anterioridad, pero había que tenerlo siempre presente pensando que existía la tendencia generalizada hacia la centralización del poder del gobierno.

También Poinsett decía que a consecuencia de la expulsión, aun cuando la medida fuera exagerada, el general Morales había llegado a La Habana con un refuerzo de barcos, hombres y dinero. Pero juzgaba imposible que la llegada de esos refuerzos se debiera a la propuesta expulsión de los españoles europeos de México. En cambio, el norteamericano parecía preocuparse más por la presencia de un tal Montenegro que vivió en la casa de Vives en La Habana y también en la corte española, quien según se creía era un espía doble. (*Ibidem.*)

Sin embargo, los hechos de Acapulco, juzgados por las noticias obtenidas, le parecían importantes pues hubo una banda, dirigida por un tal González, que, tomando por excusa la expulsión, había asolado las propiedades españolas.

Otra gavilla, llamada de "partidarios de los derechos de España", operaba en sentido contrario cometiendo toda clase de tropelías. De hecho, el conjunto de los sucesos indicaba una situación general del país y mostraba patentemente que éste no se había recobrado todavía de un estado de revolución. Pero la alarma no debía cundir en vista de que el gobierno federal había destacado un cuerpo militar para ahogar las dos facciones guerrerenses rebeldes. (*Ibidem.*)

Poinsett dio pasos más importantes al usar de sus amistades y de sus influencias en el grupo yorkino. Vicente Guerrero le comentaba estar conforme con la línea política que el diplomático había trazado para uso del gobierno norteamericano, durante el viaje efectuado con anterioridad a San Agustín de las Cuevas (Tlalpan), pues la situación no podía interpretarse de otra manera. Por su parte, había hecho demasiados sacrificios hasta el momento para pensar en lanzarse a una revolución de cualquier tipo. Afirmaba que, salvo que los enemigos del país atacaran a éste, prefería el rigor de la legislación al de la espada. Por ello insistió cuanto pudo, explicando por correspondencia a los amigos cuáles eran los intereses verdaderos del país; pero encontraba gente difícil de convencer. Ésa era su función y agradecía los sentimientos amistosos del diplomático y también sus votos a favor de que ocupara la presidencia de la República, pero declinaba por creerse incapacitado para desempeñarla en virtud de que se conocía bien y sólo se consideraba apto para mandar soldados. (Guerrero a Poinsett, 10. de noviembre de 1827. Doc. 141.)

En noviembre la nación seguía su recorrido político con los cambios que Poinsett tenía previstos. Ramos Arizpe era el único que continuaba en el gobierno, aunque se hablaba con insistencia de su separación. Rincón, que sucedió al marqués de Vivanco, estaba temporalmente al mando de Veracruz y el presidente pensaba sustituirlo con Guerrero en cuanto regresara de aquel puerto. José I. Esteva, exsecretario del Tesoro, había sustituido a Elizalde como gobernador en el Distrito Federal sin tenerse en cuenta que era del partido opuesto al del presidente y se pensaba hacerle renunciar. De todas maneras no parecía estar en duda que en las pró-

ximas elecciones el partido republicano vencería, pero se consideraba lastimoso que tuviera que ceñirse a una constitución centralista.

La insurrección contra los españoles en Acapulco fue ahogada; pero surgió otra en Michoacán donde la legislatura del Estado estaba formada por secuaces del partido europeo. En todos los estados donde la legislatura estaba en tales manos se sucedieron levantamientos de naturaleza grave y se temía que también aparecieran en Veracruz y en Puebla donde, hasta el momento, reinaba la paz sostenida por la intromisión hábil y juiciosa de los republicanos, o populares, de la capital, que conminaron a los líderes locales a apoyar la constitución general. Por su parte, Poinsett temía que el congreso decretaría la expulsión de los españoles y se decía que la dirigirían contra todos los solteros, dando mayor garantías a los casados con criollas con el fin de calmar a la gente. Así terminarían con el grupo considerado más peligroso y permitirían que continuaran en el país los que eran útiles a la comunidad. (Poinsett a Clay, 10 de noviembre de 1827. Doc. 143.)

Los escoceses seguían su trabajo y se confirmaban las malas intenciones que pululaban por doquier. El secretario de Guerra confesaba poseer las pruebas que demostraban cómo se preparaban para iniciar las hostilidades contra el gobierno en Veracruz, y decía que lo habrían de lograr de no sacarse de allí las tropas residentes con un costo de setecientos mil dólares. (*Ibidem.*)

Todo se confirmaba en la primera entrevista de Poinsett con el secretario del Tesoro, García, muy alabado por *El Sol*, que atribuía al partido conservador el deseo de mantener alejadas a las dos repúblicas, pretendiendo imponer un rey en el gobierno de México, motivo de oposición especial por parte de los Estados Unidos. Resultaba interesante considerar que García no pertenecía a ninguno de los dos partidos políticos existentes.

Entre los temores que abrigaba el norteamericano estaba la posible actuación de Guerrero que no se encontraba en ese momento bajo una influencia "saludable". Este no podía escuchar con serenidad las murmuraciones de los viejos revolucionarios contra la colonia sin sentirse impelido a actuar.

Sus propios amigos estaban asustados por algunas de sus cartas en que anunciaba estar dispuesto a ayudar a quienes lo necesitaran, con el fin de sacar por la fuerza a los españoles del país. Los destinatarios, alarmados, acudieron a Poinsett, quien escribió a Guerrero una carta particular para hacerle ver que esa actitud lo imposibilitaría para heredar la presidencia de Guadalupe Victoria. Como todos los amigos se oponían, no debía sacar a los españoles a golpes y era preferible recibir la presidencia. Incluso Victoria agradeció a Poinsett esa iniciativa. El agradecimiento de Victoria era de suma importancia para el ministro norteamericano, porque el presidente de los Estados Unidos conocería así que su forma de obrar no justificaba las acusaciones de entrometarse en la política, sin previa petición o sugestión del propio gobierno nacional y que siempre tuvo en cuenta la necesidad de conservar las instituciones nacionales en pie.

Estos problemas estaban además enmarañados a causa de la situación económica precaria, que el gobierno procuraba soslayar distrayendo al público con la discusión del préstamo propuesto al congreso. Los alegatos se prolongaban sin poderse prever cuándo llegarían a término, a pesar de lo grave de la necesidad. Se habían pedido dos millones y el congreso concedió cuatro; pero el senado los rebajó a dos y devolvió a la cámara mientras el presidente decía que en ese momento las necesidades ya subían a seis. Para Poinsett, la política era equivocada, pues resultaría de mayor provecho negociar un préstamo de veinte millones por parte del gobierno y que no se anticipara ningún presupuesto. Insistía en que las minas llegarían a producir en el futuro y ello significaría una mejora en el comercio, lo cual arreglaría la situación, pues subirían tanto las alcabalas como los demás impuestos. Sin embargo, hacía notar la inclinación que se observaba en el país hacia la dilapidación y el desperdicio, además de la profunda corrupción existente en los administradores que llegaban al punto de que nada bastaría. (*Ibidem.*)

Por otra parte el problema de los españoles se seguía extendiendo a Puebla y Veracruz que, por sus legislaturas contrarias al gobierno, se manifestaron con orden y, en consenso con las autoridades civiles, pidieron su expulsión a la legis-

latura, aceptándose de inmediato. Trataban de evitar así que se acusara a las legislaturas de estar influidas por los europeos. En Puebla se llegó incluso a unos cuantos actos de sangre y se mandó una milicia de represión bajo el mando de un oficial de la logia escocesa para dominar el movimiento. Ello dio lugar a una emboscada y a la muerte de unos cuantos de los revoltosos. Sin embargo, el gobierno central pudo acallar la situación con *promesas y caricias*.

Además hacía doce meses que los dirigentes del yorkismo buscaban la manera de organizar una sociedad secreta del tipo de los *carbonari* italianos y a ello ayudaban algunos italianos inmigrantes. El proyecto fue desaprobado en un principio. No se le dio importancia hasta que se notó cierta dirección en los movimientos. Por ello Poinsett se esforzó en explorar el origen del grupo y los directores no dudaron en externar la información necesaria. De tal manera resultó que bajo el nombre de "Guadalupe", se habían extendido desde Chihuahua a Chiapas y disponían de todo el poder del país. Dirigidos por una *cámara de honor* se organizaban como los *carbonari* italianos y estaban preparados políticamente para mover las fuerzas del país, contando tanto con los soldados como con los campesinos. Todos se manifestaban contrarios al partido dominante; tenían armas y obedecían órdenes recibidas, de manera que constituían un instrumento político peligroso que el gobierno desconocía en su totalidad, sin imaginar el poder que tenía. Los dirigentes y los consejos de viejos en los estados eran escasos y estaban dispuestos a elegir al general Vicente Guerrero para la presidencia.

Mientras tanto, la cámara nacional se enfrentaba con el decreto de expulsión de los españoles europeos, que seguramente se convertiría en ley debido a que sus primeros tres artículos fueron aprobados por mayoría. Se esperaban, además, las elecciones municipales de la capital, que pondría a prueba la fuerza de ambos partidos, y de antemano era evidente que el liberal sería el más fuerte. (Poinsett a Clay, 8 de diciembre de 1827. Doc. 147.)

En ese ambiente se hacían esfuerzos para perfeccionar la justicia nacional y se trataba de organizar sus tribunales federales. Las dos cámaras habían discutido los proyectos faltando solamente que el senado hiciera pequeños añadidos

a los mismos para ponerlos en función. (Guadalupe Victoria al cerrar las sesiones extraordinarias del Congreso. Doc. 148.)

Efectivamente, el partido contrario al gobierno, el escocés, había perdido todas las elecciones en enero de 1828 y con ellas las esperanzas de ganar el poder perdido; pero, en protesta, recurrió a las armas en ese mes. El resultado de esa determinación sorprendía, pues se razonaba que los líderes de la oposición con la poca fuerza que tenían no podían garantizar el éxito de sus movimientos, aun cuando desearan firmemente tomar el poder por asonada.

Desde el 23 de diciembre anterior Manuel Montaña, inspector de los terrenos de don Ignacio Adalid, junto con un grupo de hombres montados e instigados por el partido radicalizado en México, proclamó su plan haciendo el compromiso de no cesar hasta que el gobierno aceptara sus condiciones. En él pedía que se llevaran a cabo las siguientes medidas: 1) que el gobierno presentara al congreso una ley para exterminar en la República todas las sociedades secretas existentes; 2) que se destituyera a los secretarios de gobierno para sustituirlos por gente proba, meritoria y de virtud; 3) que sin pérdida de un instante se le entregaran los pasaportes al enviado de los Estados Unidos para que abandonara el país; 4) que se hiciera observar la constitución y la ley en la forma más estricta. (Poinsett a Clay, 9 de enero de 1828. Doc. 151.)

En otras palabras, el partido escocés volvía a la carga en contra del gobierno yorkino y trataba de aislarlo de su mayor apoyo que era el de los Estados Unidos. Se sorprendía Poinsett de la postura adoptada por los diplomáticos extranjeros residentes en México, que abogaban por los rebeldes y sin rubor expresaban sus deseos públicamente en favor del éxito del general Bravo. Razonaba que esa determinación en ninguna forma podría responder a instrucciones recibidas de sus respectivos gobiernos y consideraba más probable que fuera consecuencia del tipo de sociedad en que se movían dentro del país, pues la aristocracia de la capital estaba casi toda a favor de Bravo y estaba compuesta por los individuos más agradables de trato y más principales de la sociedad mexicana.

En cambio, personalmente, el norteamericano tuvo que seguir el camino contrario porque la causa de las institucio-

nes libres era la causa de América y, a pesar de no haber tomado parte alguna en los conflictos internos, si el gobierno le solicitaba opiniones las exponía tal como las sentía. Especulaba que con la conducta del representante británico y la del cónsul francés llegaría un día en que estallaría la indignación popular por la actuación de ambos, pues de hecho había habido expresiones en contra de ellos y sus países tendrían que sufrir las consecuencias de su imprudencia. (Poinsett a Clay, 9 de enero de 1828. Doc. 151.)

El plan de Montañó daba la impresión de que los revolucionarios trataban de ganar tiempo para que el gobierno entrara en tratos con ellos, como sucedió con los levantados en contra de los españoles. Por la petición número cuatro Poinsett tenía la impresión de que procuraban declarar anticonstitucional al congreso con el fin de invalidar los decretos que suprimían los puestos de los españoles, pues para ellos la expulsión estaba fuera de orden, era contraria a las leyes y también a los convenios existentes. De haberse ganado estos puntos hubieran tenido una plataforma para emprender una evolución dirigida en contra de las instituciones porque siempre iban en busca de restablecer el Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba, con el fin de imponer en el trono mexicano a un borbón (Francisco de Paula).

Pero resultó que el presidente decidió suprimir la conspiración por la fuerza y con ese fin envió a Guerrero en contra de Montañó. En cuanto se supo de la presencia del general en Apam, en las cercanías del campo de Montañó, cambiaron de filas la mayoría de sus secuaces dejándolo con sólo ciento cincuenta hombres.

Al proclamarse el plan, se vio con claridad que fue perfeccionado en la ciudad de México, pues coincidió con la desertión de oficiales que se unieron a Montañó y con la salida del vicepresidente de la República, Nicolás Bravo, que tomó la dirección. Éste siempre había sido considerado jefe de los escoceses, cuando en realidad era un instrumento de ese grupo. Fue un buen jefe durante la Independencia y el partido lo asimiló por el prestigio de su nombre. Por desgracia, excepto Victoria, los principales del país eran todos adictos al juego de apuestas y a la riqueza de los europeos. Así, los afectos al general Bravo eran utilizados destinándolos

a posiciones de mando, como resultado de haberlos enviado en sus pasiones favoritas. Pensaban así que el nombre de Bravo atraería un buen número de tropas y de patriotas, porque lo habían seguido en las guerras de Independencia y en distintos lugares de la república se habían promovido movimientos parecidos. Incluso el gobernador de Veracruz, Barragán, había levantado la bandera de la revuelta en el Estado. En los demás estados el gobierno federal, con sus medidas, pudo detener el movimiento de sublevación y en los estados se sentía fortalecido el gobierno del centro y la constitución federal.

El resultado fue que, después de perseguir durante cinco o seis días a Bravo y de haber desertado muchos de sus hombres, éste se reunió con Montaña que le entregó los ciento cincuenta hombres que usó para encerrarse en Tulancingo. Guerrero pudo alcanzarlo allí y lo capturó. Todos los oficiales se pasaron a las filas gubernamentales y se esperaba que, al haberlos privado de su figura principal, se evitaría la guerra civil.

Poinsett insistía sin cesar en que los diplomáticos extranjeros estuvieran al lado de los sublevados abogando por Bravo, porque sus amigos eran parte de la aristocracia capitalina. (Poinsett a Clay, 9 de enero de 1828. Doc. 151.) Pero también comentaba que el fracaso del movimiento era una ventaja para la causa gubernamental debido a que el partido estaba absolutamente derrotado, situación que no había aceptado con anterioridad y por ello molestaba con amenazas de levantamientos parciales que mantenía al pueblo en un estado de agitación. No podía dudarse, después de la derrota, del triunfo liberal y se esperaba que en el país podría restaurarse la tranquilidad en breve tiempo. (*Ibidem.*)

Efectivamente, las consecuencias fueron serias pues Bravo fue capturado, Barragán preso y con ellos todos los oficiales que colaboraron en el levantamiento en contra del gobierno. La situación final no podía pasar desapercibida a juzgar por la cantidad de personas que daban pruebas de lealtad al gobierno y también por las felicitaciones que se recibían de todos los estados de la nación, excepto Veracruz, que tuvo que retractarse sin ninguna elegancia. El hecho era que el gobierno

federal quedaba más fuerte que antes. (Poinsett a Clay, 9 de febrero de 1828. Doc. 159.)

Los puntos de vista del gobierno de los Estados Unidos del Norte, frente a la sublevación de Veracruz y de su legislatura, fueron expuestos al presidente de México con el que Poinsett se entrevistó el 9 de enero de 1828. El presidente agradeció el apoyo que el diplomático le brindó durante su estancia en el país para ayudar a encontrar una conciliación entre los intereses del pueblo y los del gobierno mexicano, al tratar de destruir la falsa impresión que sobre los Estados Unidos recibieron de Europa. Con satisfacción comentaba que estaba convencido de haber logrado ese propósito y de que la visión auspiciada por los europeos hubiera sido sustituida por un sentimiento americano. (Poinsett a Clay, 9 de febrero de 1828. Doc. 159.)

Por primera vez, en el mes que sucedió a esos sucesos, que terminó el 9 de marzo de 1828, no hubo novedad que transmitir y Poinsett consideró innecesario informar con amplitud. Su secretario, el señor Taylor, estaba en Washington y tenía los conocimientos suficientes de la situación para poder ampliar cualquier punto que desearan conocer con mayor detalle. Sin embargo, el gabinete había vuelto a cambiar y creía que favorablemente, pues Camacho, que era secretario de Estado, antes de irse, había publicado bajo seudónimo, un folleto, en el que se identificaba con el partido escocés y se mostraba como enemigo de los Estados Unidos y de Poinsett, usando los mismos argumentos utilizados por la legislatura de Veracruz. Por ello, al regresar de Inglaterra se encontró con que el presidente lo había sustituido por Juan de Dios Cañedo en la Secretaría de Estado. Luego quedó reducido a plenipotenciario del Congreso de Tacubaya en sustitución de Domínguez, que desempeñaba ese cargo junto con Michelena, a quien mandaron a Londres.

De esa manera, después de todos los cambios, el gabinete quedó formado por Juan de Dios Cañedo en Estado y Relaciones, José I. Esteva, en Tesoro, Miguel Gómez Pedraza, en Guerra y Marina y quizá Juan José Espinosa de los Monteros se destinaría a Gracia y Justicia. Este último nombramiento podía considerarse decidido y también que Miguel

Ramos Arizpe saldría de la administración. (Poinsett a Clay, 9 de marzo de 1828. Doc. 167).

Cañedo resultaba ser un hombre de talentos específicos en vez de "sólidos", que necesitaba de estabilidad de carácter. Había sido diputado en las Cortes españolas en representación de México. También fue representante del Estado de Jalisco en el senado nacional y visitó a Poinsett al llegar de su misión, después de haber sido nombrado en su puesto. La entrevista fue satisfactoria y por ello esperaba una solución rápida a las muchas reclamaciones presentadas, que el gobierno no había contestado durante los últimos doce meses. (Poinsett a Clay, 9 de marzo de 1828. Doc. 164.)

Pero la tranquilidad no llegó, como decía Poinsett, hubo de reconocer que el general Rincón, liberal y amigo de la administración, acababa de salir para tomar posesión de su puesto de gobernador de Veracruz, para lo que fue elegido por la legislatura local. De su presencia se esperaba que restablecería el orden pues el pueblo se negaba todavía a obedecer la ley y al gobierno recién instalado. Los insurgentes de la costa del Pacífico continuaban levantados e insistían en la necesidad de sacar a los españoles de los territorios mexicanos y la insistencia era de tal naturaleza que el gobierno se vio obligado a mandar un comisionado que parlamentara. (Poinsett a Clay. *Ibidem.*)

Todavía en el mes de abril estaban por liquidar los problemas producidos por el levantamiento de Montañón, pues los conspiradores que apresaron en Chilpancingo fueron condenados a muerte. Por contra, el congreso, en uso de los poderes que había absorbido, expulsó a los demás participantes pensando desterrarlos a diferentes lugares del mundo. Se pensaba enviar al vicepresidente Bravo, al general Barragán y a algunos otros a puntos distantes de la costa oeste de Sudamérica y se hablaba de Chile en concreto. (Poinsett a Clay, 24 de abril de 1828. Doc. 176.)

Aparentemente en paz, el gobierno liberal se ocupa de sus relaciones externas y se hablaba de mandar otro representante a Roma, pensándose en Bocanegra, al que consideraba candidato puesto que había sido un miembro distinguido en la cámara. También se pensaba en enviar otro representante a París para que explicara la situación y tratara

de establecer una relación de nación a nación independientes. Francia tendría que ceder porque su argumento en contra de las relaciones normales tuvo lugar en el pasado, cuando España estaba ocupada por las fuerzas francesas. (*Ibidem.*)

Poco a poco el país salía de los violentos movimientos políticos sufridos. La expulsión de una parte de los españoles, acompañados por la salida de un capital flotante, podría olvidarse en poco tiempo; pero siempre que se salvara la nación de los efectos inmediatos que ello produciría en el futuro y, entonces, la situación resultaría aún mejor que la existente con anterioridad. (*Ibidem.*) El hecho era que reinaba la tranquilidad y se esperaba la recuperación, pues se hablaba con cifras infladas del número de españoles expulsados y también de la magnitud de sus capitales. De hecho, el mal efecto producido podía considerarse de mayor perjuicio para los que quedaron que para los que salieron. Los españoles habían sido los intermediarios entre los importadores y los comerciantes de la ciudad y de la provincia. Ciertamente al salir produjeron confusión y se habló de una posible invasión desde Cuba, lo que aumentó la animadversión en contra de ellos. Resultaba ser gente obstinada y extraordinariamente leal a su país; veían a los criollos como rebeldes y pensaban en una restauración abierta, por la que nunca cesaron de trabajar. Su propia conducta podría ser responsable de que se produjera otra protesta que resultara en la expulsión de todos, sin la menor consideración.

Por otra parte, al encontrarse el tratado de comercio en las cámaras, el ministro colombiano Santa María buscó la forma de producir sentimientos contrarios al documento discutido mediante la traducción de un artículo desafortunado sobre México, publicado en el *American Quarterly Review*. Lanzó la publicación al público con el resultado de que se impugnaran dos artículos del tratado. A tal punto que Poinsett consideró inapropiado presionar al gobierno para que se aprobara un tratado mutilado, a pesar de haber sido defendido por el propio secretario de Relaciones de México. Por fin la molestia producida por el artículo del *Quarterly* comenzó a ceder, sobre todo por haber sido contestado con otro artículo escrito por un norteamericano que explicaba la situación de México en un tono definitivo. (Poinsett a Clay,

4 de junio de 1828. Doc. 184.) Pero la discusión del tratado había planteado problemas nuevos respecto a los españoles, pues los Estados Unidos no podían desconocer a los nacidos en España, que recibieron la nacionalidad norteamericana y residían en México. La incertidumbre de su situación requería ahora que en cuanto al tratado fuera ratificado esos ciudadanos recibieran documentos de seguridad, que definieran su naturaleza tal cual se había establecido. (Poinsett a Clay, 15 de julio de 1828. Doc. 187.)

Los nombramientos de quienes deberían mantener a la nación en contacto con el exterior continuaban preocupando al gobierno; y José María Bocanegra, a quien se había pensado mandar a Roma, pero cuyo nombramiento se temía no sería aprobado por el senado, fue destinado como ministro plenipotenciario a Washington. Era posible cubrir el puesto de Roma con un senador, Rodríguez Bocanegra era diputado por Zacatecas y se consideraba un hombre *vivo* y de educación tolerablemente buena, siendo además uno de los líderes del partido popular. (Poinsett a Clay, 16 de julio de 1828. Doc. 188.)

De hecho el país no estaba tranquilo al aproximarse las elecciones y la opinión de Poinsett era que nunca lo estaría si la elección no favorecía a Guerrero. Se había pensado en la posibilidad de elegir al general Guadalupe Victoria como vicepresidente a pesar de que esto era contrario a la constitución; pero se pensaba en hacer un esfuerzo para lograr convencer de alguna manera a las legislaturas de esa necesidad. La elección sin duda excitaba al populacho y los candidatos estaban todos en guerra los unos contra los otros. (Poinsett a Clay, 23 de julio de 1828. Doc. 192.)

De tal manera era molesta la situación para el norteamericano que el 15 de noviembre de 1828 pudo transmitir a su gobierno el extracto de las actas del senado sobre el tratado que se discutía entre las dos naciones. Confesaba haber facilitado a un miembro de la cámara los argumentos necesarios para que pudiera refutar los utilizados por el senado, y decía: "resulta muy vejatorio tener que luchar con la ignorancia extrema y con la presunción de ese cuerpo y es imposible an-

ticipar sus objeciones". (Poinsett a Clay, 15 de noviembre de 1828. Doc. 207.)

El 10. de enero de 1829, cuando Guadalupe Victoria abrió las sesiones ordinarias del congreso, parecía existir un acercamiento entre congreso y presidente. Victoria calificaba como una muestra de amistad que le aceptaran la iniciativa gubernamental en el sentido de no aplicar la ley de expulsión—firmada en 20 de diciembre anterior— a los cubanos y a los puertorriqueños. Por otro lado se había publicado la ley de naturalización de extranjeros en la República. (Guadalupe Victoria al abrir las sesiones ordinarias del congreso. Doc. 208.)

La situación general era, sin embargo, comprometida y el antagonismo hacia Poinsett arreciaba. Éste aprovechó el cambio de secretario en el Departamento de Estado de los Estados Unidos, que de manos de Henry Clay pasó a las de Martin Van Buren, para hacer una nueva recapitulación de lo ocurrido durante su ya larga estancia en México.

Por un lado, pondría así al secretario al día y lo orientaría sobre las cuestiones mexicanas; por otro le abría la oportunidad de insistir en su punto de visita sobre las ocurrencias nacionales.

El primer golpe estaba lógicamente dirigido contra la colonia, pues había que entender la opresión en que vivieron los mexicanos antes de la Independencia, de lo que resultaba que no se les pudiera comparar con ninguna civilización del siglo XIX. No observaba avance alguno desde la Conquista hasta la Independencia porque el país fue de las colonias más vigiladas en vista de que los españoles obtenían las mayores ventajas de él. Lo aislaron y permaneció prácticamente oculto a los ojos del mundo hasta que Humboldt lo dio a conocer como resultado de su viaje. Pero el viajero sobrevaluaba las instituciones, la riqueza, la prosperidad y cuanto vio ya que su visita tuvo lugar antes de la devastación causada por la Revolución de Independencia que deformó todas las estructuras básicas.

Durante la Colonia los nobles estaban aislados por su propio orgullo y sólo alternaban cuando se consideraban superiores a sus contertulios de baja estofa. Sus hijos se aburrían y se

UNAM - IIH

escapaban a los teatros, a los juegos y demás actividades de este tipo, sin participar en la industria pues esperaban que el Consejo de Indias los prefiriera, por europeos, y les facilitara nombramientos. Ésa era la base de la aristocracia mexicana cada día más inmoral e ignorante; igual sucedía con el alto clero. También resultaba que el bajo clero regular actuaba con entusiasmo; pero era ignorante y carecía de influencia sobre su propio pueblo del tal manera que no serviría su oposición en contra del gobierno y, además, era tan insolente que no se opondría a cualquier reforma propuesta por el gobierno para no aparentar que perdía.

En cuanto al pueblo, lo consideraba perdido por haber caído sus dirigentes durante la Conquista y los que de ellos quedaron con vida se hundieron en la esclavitud más abyecta; su raza se degradó y afectó incluso el carácter de los colonos españoles. A los más bajos de éstos repugnaba verse puestos al nivel del indio infortunado y antes hubieran muerto de hambre que verse degradados a trabajar la tierra al lado de los indígenas o desempeñar cualquier trabajo calificado como de indio.

Por ello no existía la clase campesina virtuosa, que hacía la riqueza de los países, pues los indios no podían considerarse campesinos por su ignorancia y su sentimiento de odio hacia los españoles, cuya crueldad de trato les hizo mantener ese odio por tradición.

El gobierno había abandonado la educación primaria y ello era de lamentarse porque no les creaba necesidades para que progresaran y cuanto obtenían de su escaso sueldo se lo bebían, lo jugaban o lo destinaban a la iglesia donde se mezclaban los ritos paganos. (Poinsett a M. Van Buren, 1º de marzo de 1829. Doc. 209.)

Confesaba, sin embargo, que los colegios y otras instituciones académicas fueron proveídos con liberalidad. La falla estuvo en que las administraciones eran defectuosas y la educación que brindaron a los educandos mexicanos resultó superficial. Antes de la Independencia se desanimaba a los criollos a fin de que no recibieran educación. Se decía que el conocimiento de lenguas extranjeras y de la ciencia los convertía en peligrosos a los ojos de sus superiores porque resultarían contrarios a sus intereses. Desde esa época cambia-

ron para bien y era de notarse la mejoría en las castas más bajas del pueblo, aun cuando todavía estuvieran detrás de las de cualquier país civilizado.

De hecho, España les había quitado la habilidad de ir al paso del progreso y la postura que les permitieron mantener correspondía a la que ocuparon cuando la Conquista. Los más capacitados eran los emigrados de España y aun éstos vivían con un siglo de atraso con respecto al resto del mundo. Sin embargo, eran responsables de mandar a los criollos y de dirigir, pero se mantenían en la ignorancia a toda costa. Por otro lado los criollos estaban acostumbrados a ver como seres superiores a los curas a pesar de las ceremonias pueriles de su culto. (*Ibidem*). Estas consideraciones eran necesarias porque el análisis de México debía hacerse a sabiendas de que el país arrancó estando muy por detrás de su metrópoli, y ésta, a su vez, lo estaba con respecto a las demás naciones. México ni siquiera logró estar por encima de otras colonias españolas americanas, porque su importancia comparativa y también su vecindad con los Estados Unidos hizo que España vigilara más de cerca esa colonia y la aislara de los trabajos que hubieran podido iluminar sus mentes con las ideas liberales.

Por ello, los intentos de independencia habidos entre 1810 y 1820 fueron hechos por curas y por indios y ningún noble y pocos gentiles hombres tomaron partido por la libertad. Si la revolución logró llegar a su fin, ello no tuvo que ver con las razones del levantamiento popular, pues los mexicanos en realidad trataron de protegerse de la constitución y de los decretos de las cortes españolas empeñados en buscar la manera de reducir su influencia y sus posesiones. Por ello se opusieron a Iturbide quien frustró sus planes monárquicos y se convirtieron en sus enemigos. Cuando éste cayó, los mismos siguieron apoyando el proyecto de la monarquía borbónica y como el pueblo estuvo en contra, pronunciándose por instituciones republicanas, ellos defendieron un gobierno centralista para que los llevara hacia sus fines monárquicos. Al establecerse la constitución federal empujaron al poder al general Bravo pensando que lo dominaban y perdieron. Así cuando se impuso Guadalupe Victoria formaron la oposición en su contra. (*Ibidem*.)

El general Victoria había pertenecido al grupo de oposición, pero aunque tenía puntos de vista diferentes fue partidario del centralismo. Por ello se explicaba que hubiera reunido en su grupo de colaboradores a personas como Alamán, Gómez Pedraza, J. I. Esteva y Pablo de la Llave que eran miembros de las logias escocesas, ayudados por los ingleses con barcos de guerra, compañías mineras y préstamos. Se enriquecieron con lo prestado, pero olvidaron a los adversarios opositores que resolvieron sacarlos del poder.

Esa era la situación de 1825 y Poinsett se incluía entre los opositores cuando comentaba que "nos veían (a él y a los Estados Unidos) con circunspección, ya que todos ellos pertenecían a la aristocracia monárquica, clerical y española, que se mostró hostil y provocó molestia al pretender recibir al representante norteamericano de manera diferente de como lo hicieron con el enviado inglés. Y la relación del presidente con la Gran Bretaña se tradujo en contra de los Estados Unidos.

Don Lucas Alamán pretendió negociar un tratado de límites por el que los Estados Unidos se retirarían al margen del Mississipi, pues consideraba que el tratado de 1819 era injusto. La anuencia estadounidense al admitir nuevas negociaciones para discutir la frontera le sorprendió y afirmó que los Estados Unidos pedirían la frontera del río Grande.

El congreso, con mayor sabiduría, hizo que el ejecutivo confirmara el tratado porque quienes estaban en el poder acusaban a los Estados Unidos de ambiciones territoriales. En cambio, quienes pertenecían al partido democrático se le habían acercado y, de todas maneras, hubiera tenido que atraerlos para contrarrestar la conducta de los conservadores relativa a los Estados Unidos. (*Ibidem.*)

Por esa actitud de los conservadores escoceses establecidos en el poder, consideró que la Gran Bretaña adelantó en mucho ganando terreno para su causa. También supo a su llegada que Canning trató de excitar la animadversión en su contra para fortalecer su posición y sus intereses y tuvo que resolver si era posible permitir influencia ilimitada a una nación hostil en una república vecina. Decidió lo contrario y actuó de acuerdo con su decisión, pues encontró a los ingleses unidos con los aristócratas y monárquicos del gobierno

y tuvo que buscar amigos entre los criollos y los demócratas. No podía decirse que el comercio británico hubiera sufrido por esa lucha, lo que ayudó cuando surgieron malentendidos con el gobierno nacional.

Al poco de su llegada, Poinsett, supo del deseo de los demócratas de emprender una revolución en contra de su gobierno y les aconsejó un derrotero menos violento que el que se pretendía adoptar con el fin de que no se interrumpieran las actividades comerciales y se desacreditaran, además, las instituciones republicanas. Ese tipo de intervención por parte de ministros extranjeros era usual en la historia de la diplomacia y en pocos casos podría considerarse más justificado que en el mexicano. El resultado fue que los criollos mexicanos le escucharan y su triunfo fue rápido por los caminos de la democracia. Quienes salieron perdiendo le acusaron de sus pérdidas de poder y lo confirmaron al establecerse la logia yorkina con el consentimiento de toda la gente importante opuesta a los escoceses. Pero esas dos logias usaron procedimientos iguales y se convirtieron, así, en instituciones de intriga. Aunque Poinsett no participó en ella, de ahí surgió el odio hacia los Estados Unidos. (*Ibidem.*)

El resultado fue que los escoceses lo hicieran responsable de no haber podido ellos alcanzar el gobierno y se vengaron tratando de sacarlo del país. La legislatura de Puebla y la de Veracruz se alcanzaron en contra de su residencia y lanzaron públicamente un manifiesto. Por otra parte, la memorable rebelión de Tulancingo, de enero de 1828, tuvo como objeto su expulsión. Concluía que ningún ministro extranjero fue jamás más perseguido.

Sólo podía explicar la persecución por su postura rígida en contra de las interferencias europeas y por los celos en contra de la influencia de los liberales. La revuelta de Tulancingo había resultado un intento ridículo de los conservadores y Bravo, pues llegaron hasta tratar de atraer a miembros del grupo liberal para anular la elección de Guerrero. Para ello nombraron a Gómez Pedraza ministro de la Guerra. Se trataba de un antiguo sirviente de los virreyes como oficial y diputado en las Cortes de Cádiz, iturbidista, escocés y ventajoso en el levantamiento del padre Arenas al tratar de salir

del partido. Insultaron a Pedraza en los periódicos; pero cuando creyeron que podría intervenir en la elección de Guerrero lo volvieron a adular. La elección de Pedraza había sido un acto en contra del pueblo y opuesto a la democracia y la República, para lograrlo provocaron persecuciones y al fin cayeron en manos de Santa Anna sin lograr detener el avance del grupo revolucionario. Lo dicho en los periódicos norteamericanos sobre los abusos cometidos por los revolucionarios fue mentira. Sólo se atacó el Paríán por tratarse de propietarios españoles y el orden se restableció en dos o tres horas. Esa molestia en contra de los españoles se justificaba por su intromisión en cuanto sucedía y porque siempre estaban, como escoceses, de acuerdo con la madre patria. (*Ibidem.*)

Al mes y medio se entregaba la Secretaría de Hacienda a Lorenzo de Zavala y el partido en el poder confiaba en que ello daría tranquilidad al país. Poinsett confiaba en que su entendimiento ayudaría a restaurar la economía maltrachea, que estaba en situación deplorable, y Guerrero, después de muchas dudas, parecía disponerse a formar el gabinete con miembros del partido democrático lo que redundaba en promesas de estabilidad para el país. (Poinsett a M. Van Buren, 15 de abril de 1829. Doc. 200.)

Sin embargo, todo estuvo lejos de la calma; el gobierno nacional se enfrentaba con una seria crisis económica gestada a lo largo del periodo y a ella se refirió Poinsett con periodicidad. En esta ocasión se logró publicar un decreto presidencial el 22 de mayo de 1829, acompañado de listas de artículos cuya importación se prohibía bajo pena de que serían expropiados a su entrada. Van Buren reconoció en 9 de julio el derecho que asistía al gobierno mexicano para prohibir o permitir la entrada de productos al país, pero planteaba que las medidas afectaban a los Estados Unidos, casi exclusivamente, pues interferían con su comercio. Por ello, esas medidas no podían considerarse como un gesto amistoso y la legación debía protestar por la existencia del decreto.

Las limitaciones comerciales coincidieron con el último año de estancia del ministro norteamericano en México. Los problemas habían llegado a causar serias molestias y un cierto pesimismo en el ánimo de Poinsett, como se observa en la corres-

pondencia de fines de 1829, cuando se detiene a examinar su propia gestión. En esa ocasión hizo a un lado la temática política interna que tanto le interesó para referirse al quehacer rutinario, principal diplomático.

Partió de la desconfianza con que los mexicanos habían considerado a los Estados Unidos tomándolos como enemigos que crecían a expensas del territorio mexicano. Comentaba que México creía que los Estados Unidos abusaron de la impotencia de España para despojarla de una porción valiosa de territorio, anticipando así el triunfo en las negociaciones sobre la frontera que después abrirían con México. Así lo había sentido al principiar las gestiones porque los mexicanos intentaron enviar una comisión para explorar la frontera con el fin de verificar si Adams, como se decía, se había apropiado del territorio neutral de España y que comprobara otras cosas absurdas surgidas en los comentarios. A continuación trataron los mexicanos de que se describiera la frontera en el cuerpo del tratado de comercio y sólo desistieron por instancia del mismo Poinsett. Continuaron las negociaciones del tratado de comercio y, cuando llegaron al final de las mismas hubo que interrumpirlas porque los mexicanos insistieron en incluir la cláusula de nación más favorecida que ponía a los Estados Unidos por debajo de los demás países del continente americano. Esa interrupción duró hasta mayo de 1826, poco después de que Camacho negoció con Inglaterra, y todo concluyó con el tratado que se firmó en 10 de julio de 1826 a pesar de saber que Washington no lo podría ratificar. Los mexicanos exigieron la firma del tratado como un *sine qua non*. Lo peor sería que el tratado serviría de punto de referencia para futuras discusiones y sabía que George Canning era enemigo decidido de los Estados Unidos. Sin embargo, a pesar de haber cedido, los enemigos del sistema republicano y de los Estados Unidos detuvieron el tratado en el comité de relaciones de la cámara de diputados.

Se empeñaron en no firmar hasta que concluyera un artículo en el que se expusiera cómo las fronteras coincidían con la línea establecida en el tratado con España firmado en 1819. Su intención fue quedar a salvo ante los intentos absurdos de Hunter y de sus compañeros quienes deseaban provocar la revolución en Texas, de acuerdo con la noticia

llegada el 8 de enero de 1828. Por fin pudo reanudar las negociaciones y se firmó el tratado de límites en unos cuantos días. Con pena comentaba que los Estados Unidos nunca podrían modificar sus fronteras hacia el sur del Sabinas sin pelear con México que, para ese propósito, se aliaría con cualquier potencia europea. Las negociaciones y las presiones de la corte inglesa en México lo decidieron a firmar, pues cada día se interponían mayores obstáculos en su camino.

Al término de ese problema y cuando el tratado estuvo en manos de los diputados, el público se había irritado progresivamente por los artículos que la facción contraria hizo circular en contra del carácter nacional y el resultado fue que se rechazara en las cámaras el artículo referente a los esclavos fugitivos y también el que hablaba de la paz que debían guardar los indios en los territorios respectivos. Con ello se volvió a posponer la discusión del tratado hasta las sesiones extraordinarias del congreso y el senado volvía a rechazarlo; la cámara estuvo de acuerdo y lo devolvió al senado, manejado por los monárquicos, que se oponían a mantener relaciones amistosas con los Estados Unidos.

Finalmente, estaba convencido de que el siguiente paso consistiría en que el ejecutivo devolvería el tratado al senado haciendo observaciones liberales y de nuevo el poder legislativo retrasaría todo con el fin de crear la peor disposición hacia el documento y acabar con su propia paciencia. (Poinsett a Van Buren, 22 de julio de 1829. Doc. 216.)

La tensión también se hacía presente en el gobierno mexicano al saberse que un tal José Lara enrolaba a más de cuatrocientos hombres en Nueva Orleans para mandarlos a La Habana e insistía en ese quehacer en nombre del gobierno de Cuba. Se decía también que almacenaba pertrechos y víveres en muchos lugares de la frontera, donde se adiestraba la milicia. La protesta de Bocanegra provocó molestia en el diplomático norteamericano que recordó la existencia de folletos insultantes para los Estados Unidos, de tal manera concebidos que sólo provocaban el deterioro de las relaciones existentes entre las dos repúblicas. Sin embargo, los norteamericanos no tenían noticias de la actividad de Lara y menos de que se reunieran fuerzas para ser llevadas a Cuba. De ser

ciertos los rumores y como ese tipo de ocupación estaba prohibido por las leyes, el agente mexicano en Nueva Orleans debió avisar a las autoridades y no a su propio gobierno. Poinsett consideraba que sólo debía tratarse de rumores, pues los únicos movimientos militares conocidos se debían a las escoltas mandadas hacia Nuevo México y otros estados fronterizos en ayuda de los comerciantes viajeros. (José Bocanegra a Poinsett, 29 de julio de 1829. Doc. 220. Y Poinsett a Bocanegra, 31 de julio de 1829. Doc. 219.)

La conducta del gobierno mexicano era calificada como absurda por el ministro al reflejar los rumores respecto a Lara que, además de ridículos, sólo le producían compasión porque los mexicanos pensaban que su país era el más favorecido de la tierra y, por ignorantes, creían ser objeto de envidia por todo el mundo. En consecuencia las naciones extranjeras eran vistas con recelo.

El presidente Guerrero incluso pensaba que primero debían desconfiar de Inglaterra, luego de Francia y después de los Estados Unidos; pero el secretario de Relaciones, en cambio, mostraba reservas en esa precedencia y siempre temió la conducta de los Estados Unidos. El general Terán, por estar ligado a Inglaterra, incitaba los temores y hablaba de los grandes preparativos efectuados para atacar la soberanía mexicana desde los Estados Unidos.

Terán había exaltado con anterioridad las ventajas representadas por la posesión de Texas para el país e insistía en la necesidad de asegurar ese territorio por medio de tratados. De lo contrario, los norteamericanos pondrían lo frontera en el río Bravo para quedarse con cuanto valiera la pena, a la par que dejarían la pobreza en manos de México.

Por otra parte, los colonos de los Estados Unidos en Texas tenían conciencia de habitar una zona disputada y se sabía que terminarían pidiendo protección y ayuda para organizarse. México se las negó y llegaría el momento en que los Estados Unidos tendrían que pensar en darles el destino elegido por ellos mismos pues resultaba natural, que al carecer de la organización social perfecta, los colonos se sintieran inseguros y hubiera un espíritu de rebelión evidente en la zona; por ello no podrían sujetarlos a México y además eran

sensibles a las fuerzas europeas. (Poinsett a Van Buren, 2 de agosto de 1829. Doc. 219.)

Partiendo de ese cuadro, nada favorable, al ánimo de Poinsett se abrumaba por los ataques que le lanzaron los aristócratas del país y, en especial, la legislatura del Estado de México. Consideraba que podía haberse sentido muy mortificado si los ataques se hubieran debido a su mala conducta o a su falta de prudencia, pero no fueron provocados, y las conjeturas que se derivaran de ello eran infundadas, pues no dio lugar a semejantes injurias y menos había participado en asuntos internos del país. Se atuvo a la política clara de los Estados Unidos y las intrigas resultaban impropias de su carácter y del significado de la política norteamericana. Pero los atacantes se habían opuesto a cuanto fuera republicano y por ello los conservadores se mostraban molestos con él, al igual que lo hacían con los demócratas.

Esa enemistad se hizo patente antes de cumplir seis meses de residencia en México y los ataques fueron continuos, no obstante que en esa época el poder pertenecía al partido antagonista. Lo inculparon de su pérdida del poder, también de organizar las logias masónicas yorkinas. Pero nunca tuvieron en cuenta la existencia de unas elecciones populares, que perdieron porque el pueblo no permitió el mando de la oligarquía. Perdido el poder, la oligarquía lo acusaba de ser el alma de la administración pública y pensaba que si lograba destruirlo recuperaría el gobierno del país. Incluso, los oligarcas atribuyeron al gobierno de Washington la muerte del ministro plenipotenciario Obregón y externaban que su ministro en México debía ser asesinado en respuesta. Esa conducta, increíble, fue observada por el comodoro Porter a quien Poinsett confió documentación suficiente para proporcionar mayor información.

Por su parte, visitó al presidente mexicano para denunciar la situación y mostrar cómo las circunstancias en que se encontraba eran increíbles. El gobierno mexicano, satisfecho por su conducta, lamentaba los ataques por él sufridos y los consideraba destinados al gobierno. Incluso el presidente externó el deseo de satisfacer a los Estados Unidos para mostrar su buena disposición hacia el país; pero reconocía carecer del poder suficiente para prevenir la repetición de semejantes

UNAM IHH

36

sucesos. Por otra parte, estaba enterado de que el buen sentido del partido popular evitó ataques parecidos, dirigidos hacia otros representantes de potencias europeas. (Poinsett a Van Buren, 7 de agosto de 1829. Doc. 220.)

El mes de agosto de 1829 fue de mayor angustia para el gobierno mexicano al enterarse de que, el 25 de julio anterior, una fragata y veinticinco transportes, además de navíos de menor calado, desembarcaron un contingente de tres mil hombres a doce leguas al sur de Tampico. Construyeron trincheras y ocuparon Pueblo Viejo además de un pequeño fuerte que estaba en la barra. Los mexicanos disponían de ochocientos hombres y Poinsett suponía que el primer golpe favorecería a los invasores que se comportaban con moderación, pues pagaban cuanto consumían, premiaban a los desertores que se les unían y además perdonaban a quienes se sometían.

Pero resultaba que la invasión se apoyaba en la supuesta existencia de un partido afecto a los españoles, aun cuando sus adeptos fueran escasos. La mayor fuerza estaba en la capital y se dedicaba a contrariar las órdenes gubernamentales intentando, incluso, destruir la gestión del gobierno. Peligro que resultaba real si pensaban en la ignorancia extrema del pueblo.

Acosado en esa forma, el congreso discutió el suceso y sólo hubo recriminación de los unos contra los otros, terminándose por aceptar la solicitud gubernamental de dos millones y medio de dólares para hacer frente a las exigencias de la invasión. Pero la suma debía reunirse a *pro rata* en los estados competentes de la nación. Poinsett comentaba que la cobardía más baja y la alta traición serían la única fuerza capaz de volver el país a manos españolas.

Santa Anna embarcó en Veracruz con mil doscientos hombres para llegar a Tuxpan en una maniobra peligrosa debido a la presencia del escuadrón español frente a Tampico. Por otra parte se reunieron cuatro mil hombres, en San Luis, que marchaban hacia Tampico bajo la dirección del general Garza Valdivieso. También salió el general Velasco pero no sabían si esos oficiales actuarían en concierto, pues tenían las envidias existentes entre ellos. (Poinsett a Van Buren, 9 de agosto de 1829. Doc. 221.)

UNAM - IIH

En pleno desembarque y amenaza de las fuerzas de Barradas, el presidente de México seguía insistiendo en las noticias recibidas sobre la reunión de soldados norteamericanos en territorio fronterizo de Coahuila y Texas. Poinsett perdía la serenidad y confesaba no poseer un lenguaje más claro que el usado con anterioridad cuando dijo que los rumores eran infundados y por ello no veía la necesidad de exigir nuevas declaraciones de confianza por parte del gobierno de los Estados Unidos. Repetía no tener noticias y comentaba que los agentes mexicanos sobrevaloraban los rumores sobre todo al tenerse en cuenta que el gobierno norteamericano no podía emprender acciones guerreras sin la aprobación del congreso nacional. (Bocanegra a Poinsett, 20 de agosto de 1829, y Poinsett a Bocanegra, 21 de agosto de 1829. Docs. 222 y 223.)

Entre unas cosas y otras, las fuerzas españolas tomaron la ciudad de Tampico y volvieron a fortificarse. El escuadrón español permitió el desembarco de Santa Anna con siete u ocho mil hombres que proclamaron a su general "Jefe de la división en contra de los españoles". El congreso aprobó los dos y medio millones solicitados por el gobierno y se estaba al punto de organizar dos divisiones. Una de ellas se situaría entre Puebla y Perote y sería dirigida por el vicepresidente Bustamante mientras que la otra se establecería en las provincias de occidente al mando del general Figueroa.

A pesar de los movimientos de tropa que se llevaban a cabo, Poinsett consideraba que el mayor peligro consistía en las divisiones que aparecían en el país, ya que el senado negaba cualquier proposición del gobierno en defensa de la nación y la mayoría de los diputados había decidido, si el senado persistía en su actitud, dividir y disolver el gobierno. En consecuencia dirigieron un manifiesto a la nación criticando la conducta del senado y tomando medidas de emergencia. Se sentía así que habría cambios y que éstos podían ser radicales. La situación interna, pues, en ninguna forma era clara y se temía además que el escuadrón español bloqueara los puertos. Como medida de seguridad pedía fuerzas navales estadounidenses en protección del comercio de

su país. (Poinsett a Van Buren, 22 de agosto de 1829. Doc. 224.)

Las divisiones políticas de México continuaban por debajo con intensidad y los rumores de invasión norteamericana provocaron una mayoría compuesta de gente violenta que se expresaba en las resoluciones y en los actos del senado. Ahí veía el origen de la insolencia usada al acusar a los Estados Unidos. Sólo su compasión por la ignorancia y la debilidad lo mantuvieron paciente, pues esos hombres mal guiados, en su afán de establecer su oligarquía en el mando de la nación, eran capaces de desear la guerra con los Estados Unidos. No podía consentir provocaciones aun cuando la resistencia que debía oponer llegaba a ser insoportable.

Se entrevistó con el secretario de Relaciones para insistir en que su país no pensaba invadir México y comentó lo indignas e indecorosas que para su gobierno resultaban semejantes sospechas. Recordó la firma del tratado de límites, de acuerdo con las bases del de Washington y el retraso que hubo debido al descuido del gobierno mexicano. De igual forma insistió en que el tratado de comercio proveía movimientos de tropas para retener a los indios que se refugiaban en el territorio mexicano y que ello era necesario para el buen entendimiento de las dos naciones.

El secretario aceptó las buenas disposiciones de los Estados Unidos y explicó que se vio obligado a reclamar por las presiones y los ataques que contra el gobierno y contra el mismo Poinsett lanzaban las facciones opuestas del senado. Mostrándose así que la única solución sería llevar a término los tratados pendientes y que urgiría su inmediato despacho. (Poinsett a Van Buren, 22 de agosto de 1829. Doc. 225.)

Mientras tanto, el gobierno norteamericano seguía el camino establecido en las instrucciones iniciales de Poinsett al nombrarlo ministro plenipotenciario en México. El 24 de agosto de 1829 ordenó a Anthony Butler que se dirigiera, con prisa, a México para entregar nuevos despachos al ministro, advirtiéndole que la misión permanecería en total secreto y que en México se pusiera a las órdenes del diplomático. (Van Buren a Anthony Butler, 24 de agosto de 1829. Doc. 226.)

Aunque la misión de Poinsett y sus actividades políticas

en México dieron motivo a perspectivas diferentes en la política mexicana, los nuevos despachos reencauzaban las relaciones entre los dos países hacia la frontera necesaria para los Estados Unidos, que sería motivo de lucha futura entre las dos naciones. Ésta fue una polémica en que Poinsett no participaría por haberse venido el tiempo encima, y por la responsabilidad adquirida al dirigir la política mexicana hacia el liberalismo y el federalismo, convertidos en fuerza de choque del país en contra de los conservadores centralistas favorecedores de los ingleses.

Le ordenaban abrir la negociación que llevara a la compra de una parte de Texas y le ofrecían tres posibilidades en la línea de frontera. Lucharía por la más ventajosa en territorio y podía ceder lo más cautelosamente posible. De antemano, pensaban en la resistencia del gobierno mexicano pero las compensaciones pecuniarias ayudarían a la cesión, que se convertiría en una compraventa entre las dos naciones.

Se apoyaban en la necesidad de proteger Nueva Orleans y de asegurar la navegación norteamericana en el valle del Mississippi, aparte del deseo de vigilar la frontera con mayor eficacia. Para ello comprarían el territorio incluido a partir de una línea que empezaría en el Golfo, al centro del desierto de la Gran Pradera situada al oeste del río Nueces formado por alrededor de doscientas millas de ancho y extendido al norte hacia la montaña. La línea correría así por el centro del desierto y se dirigiría hasta las montañas que dividen las aguas del río Grande de las que se dirigen hacia el este, hacia el Golfo, y seguiría hasta tocar la frontera establecida en el paralelo del grado cuarenta y dos norte.

La línea descrita en esta forma dejaría en el territorio norteamericano la Bahía y San Antonio de Béjar con todos los habitantes de la provincia.

La cesión significaría una compra grande de tierra y se temían objeciones. Si así sucediera, pero creyera Poinsett que el gobierno mexicano consideraba la posibilidad de desprenderse de una parte menor de tierra, entonces propondría otras soluciones prefiriendo las líneas más ventajosas, de la manera siguiente:

Una segunda posibilidad para dialogar partiría de la ribera

occidental del río de la Barca donde éste desemboca en Bahía de Matagorda y continuaría ese río hasta el nacimiento de su afluente más occidental. De ahí iría hacia el norte hasta encontrar el río Colorado y subiría por su ribera occidental, hasta el nacimiento de su curso principal, para remontar por medio de una línea al norte hasta el paralelo cuarenta y dos. En esa forma incluiría en territorio norteamericano las aguas principales del Arkansas y del Rojo.

La tercera posibilidad partiría del Golfo de México en la desembocadura del río Brazos de Dios y seguiría su ribera occidental hasta el nacimiento de su afluente más occidental, que seguiría por su ribera hasta su nacimiento para partir en línea recta hacia el paralelo cuarenta y dos.

Dejaron al albedrío del ministro hacer cambios menores de acuerdo con el conocimiento que tuviera de la región, pero siempre deberían favorecer los intereses de los Estados Unidos.

Las nuevas líneas eran el resultado de las objeciones a la inexactitud de la frontera establecida en la fecha, además de otras razones. Se hablaba del río Sabina (*sic*) en el tratado y se decía que de los dos brazos que tenía al desembocar en la bahía el más occidental era el más conveniente para los Estados Unidos. Habría que mantener que a ése se refería el tratado, pues aunque se distanciaban sólo cuatro leguas al vaciarse en el mar, había lugares en donde su separación era de cien. No importaban los argumentos utilizados con anterioridad, de buena o mala fe, pues el Sabina (*sic*) ofrecía malas características para la navegación y el comercio e incluso resultaba difícil establecer aduanas en la región. Ello facilitaría el contrabando entre las dos naciones y sería un factor contrario a los intereses mutuos. (Van Buren a Poinsett, 25 de agosto de 1829, Doc. 227.) Por otra parte la región ofrecía un buen albergue a los piratas que serían motivo de continuos problemas y los vecinos parecían estar más que inclinados a ello. Además México había prohibido la colonización extranjera de la zona: pero había un sinnúmero de concesiones en manos de norteamericanos y europeos. La desconfianza hacia los colonos norteamericanos se expresó con motivo de

unos cuatro levantamientos que hubo en la zona. Aunque no contaron entonces con ayuda de extranjeros, uno de los movimientos pidió la independencia a México y era difícil que no se repitieran. México tendría que incurrir en gastos continuos para eliminar las razones de las quejas y entrar en un arreglo. Todavía quedaba el problema de las tribus indígenas, que también indicaba la necesidad de resolver el asunto mediante la cesión. En ese tema el gobierno mexicano tendría que mantener fuerzas numerosas para contenerlas. Habían dicho que la actitud agresiva de las tribus se debía a los tratados sórdidos firmados con los Estados Unidos.

Mantener las fronteras con seguridad, interponiendo a los Estados Unidos entre los indios y México, resultaría una ventaja pues la continua inestabilidad del gobierno mexicano no ayudaba a mantener la paz de la región.

La línea propuesta representaba una separación natural en territorio yermo donde no había intereses comerciales que defender y ello iría en favor de las costumbres y de las culturas de las dos naciones.

Por la compra, Poinsett ofrecería hasta cinco millones. Van Buren pensaba que el territorio no sería de gran significado para México porque estaba a gran distancia de la capital. Sin embargo debería cuidar de que la navegación de los ríos y las concesiones *bona fide* de las tierras quedarán incluidas, al igual que los habitantes, su libertad y las propiedades religiosas.

Como el coronel Butler estaba familiarizado con el territorio era posible que facilitara datos que no estuvieron a su alcance. (*Ibidem.*)

Estas instrucciones importantes iban en camino al cuidado del entonces emisario Butler que viajaba por tierra hacia México, mientras cundían las acusaciones en contra de los Estados Unidos por sus deseos expansionistas a costa de territorio nacional haciéndose incluso eco de las proposiciones secretas de compra del territorio texano. (*Un mexicano desde Nueva York al Pueblo de México*, 28 de septiembre de 1829. Doc. 224.)

México tampoco permanecía inactivo. El ministro norteamericano se asustaba al saber que el gobierno trataba de levantar a los esclavos negros cubanos provocando al presi-

dente Boyer de Haití. Temía que, de emprenderse semejante tarea, Bolívar colaboraría y participarían un buen número de cubanos dispersos en las islas caribeñas. A la vez estaban en camino, para repartirse, muchas patentes de corso en los Estados Unidos en busca de piratas que ayudaran al levantamiento de los negros. (Poinsett a Van Buren, en cifra, 14 de octubre de 1829. Doc. 229.)

Siguieron también las prohibiciones de artículos importados en México por medio de nuevas listas de mercancías y de nada sirvió la labor en contra efectuada por el propio Poinsett, que calificaba la medida de antiliberal y contraria a los Estados Unidos, a Francia y a Inglaterra. (Poinsett a Van Buren, 14 de octubre de 1829. Doc. 230.)

Hemos relatado una larga historia de intriga y de acción diplomática que llegó a su fin para el primer ministro plenipotenciario de los Estados Unidos al firmarse las instrucciones dirigidas a su sucesor Anthony Butler en 16 de octubre de 1829. Después de un largo resumen de las relaciones habidas con los Estados Unidos desde el periodo de Iturbide hasta la fecha, Van Buren le hacía conocer el prejuicio que existía en contra de los Estados Unidos motivado por la intervención de Poinsett en asuntos internos, lo que no habían sabido con anterioridad porque no hubo acusaciones concretas. La política seguida por el gobierno de los Estados Unidos había procurado mantener una neutralidad rigurosa y favorecer a los mexicanos en la relación. Ahora se esperaba que el gobierno mexicano hiciera cuanto fuera posible para borrar la mala impresión que existía en contra del país del norte, por ser infundada, y mostrar que hubo rectitud e integridad en la actuación del gobierno y que la política se había caracterizado por una gran liberalidad. (Van Buren a Butler. Doc. 232.)

A la vez se escribía a Poinsett indicando el nombramiento de Butler para sustituirlo en México por tener méritos especiales para la misión, suponían además que ya estaba en la capital.

A Poinsett remitieron el nombramiento, las instrucciones y otros documentos para Butler indicándole que, en vista de que deseaba regresar a los Estados Unidos, presentaría, en

su carácter oficial, a su sustituto al gobierno mexicano y lo pondría al día de cuanto hubiera pendiente en la legación.

Debía insistir, al despedirse del presidente Guerrero, en la buena disposición del gobierno y en que la rapidez con que lo sustituían, después de recibir las quejas que presentaron, constituía otra muestra del acercamiento. Sin embargo debía decir que estaban molestos por los sucesos pasados que motivaron irritación en las relaciones entre los dos países y esperaban que con la ayuda gubernamental se pusiera remedio a tal situación.

En esa forma consideraban facilitar a Poinsett la oportunidad de reivindicarse ante el gobierno mexicano y ello redundaría a favor de los intereses de ambas naciones. (Van Buren a Poinsett, 16 de octubre de 1829. Doc. 231.)

Una nota aparte y dirigida a Butler, explicaba que se habían recibido indicaciones, hechas por el plenipotenciario mexicano en los Estados Unidos, pidiendo el retiro de Poinsett por el mal ambiente que tenía en el país. (Van Buren a Butler, 16 de octubre de 1829. Doc. 235. Y Montoya a Van Buren, 17 de octubre de 1829. Doc. 236.)

En el mismo día y en el mismo paquete de documentos iba el cese de Poinsett fechado en 16 de octubre, lamentando la animadversión que existía en su contra como resultado de los prejuicios más violentos e incurables abrigados por los mexicanos. Las acusaciones externadas sólo serían válidas si hubiera verdad en aquellos que le atribuían haber intervenido en los asuntos internos de la política mexicana, pero el presidente no las consideraba justas y pensaba que los motivos sólo fueron falta de discreción por parte del ministro. Pero de cualquier forma había molestia y Poinsett debía sentirse incómodo en esa situación. Por ello le autorizaban a usar del permiso que tenía para retirarse en beneficio del interés público. Su renuncia fue prevista al hacerse el nombramiento de Butler. Cuidaría antes de irse de que su salida no pareciera causada por los ataques sufridos pues ello aparentaría falta de protección del gobierno norteamericano y sería injusto para él mismo. (Van Buren a Poinsett, 16 de octubre de 1829. Doc. 233.)

Poinsett permaneció en México hasta el final de diciembre, mientras la correspondencia venía en camino y llegaba

a su poder. Al recibirla, pidió audiencia para despedirse del país que estaba en revolución, pero no le habían respondido.

- Planeaba exigir sus pasaportes cuando tres días más tarde, el 26 de diciembre, fue recibido por el gobierno provisional mexicano y, al despedirse, expresó los sentimientos amistosos de los Estados Unidos hacia México sin tener en cuenta las diferencias de partidos o de forma de gobierno. (Poinsett a Van Buren, 26 de diciembre de 1829. Doc. 241.)